MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

27 5 6

Cuando empieza la vida

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

HISPANIA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8, MADRID
COPYRIGHT BY MANUEL LINARES RIVAS, 1924

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/cuandoempiezalav3011lina

CUANDO EMPIEZA LA VIDA

138257

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CUANDO EMPIEZA LA VIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE ESLAVA
EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1924

BIBLIOTECA HISPANIA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8
MADRID — — 1924

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Copyrigh by Manuel Linares Rivas, 1924.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

A Catalina Bárcena.

Con la admiración y la gratitud de

El Autor.

REPARTO

PESONAJES	ACTORES
Valeria Gil de Camponaraya (30 años).....	CATALINA BÁRCENA
Dominica Roblar (30 años)...	Josefina Morer.
Laura Onís (32 años).....	Rafaela Satorres.
Jacinta (24 años).....	Isabel Garcés.
Pepita (22 años).....	Rosa Díaz Gimeno.
María (20 años).....	Adela Santaularia.
Luis Antonio Camponaraya (40 años).....	Carlos Martínez Baena.
Pedro Roblar, Teniente de Navío (35 años).....	Manuel Collado.
Pepito Pleguezuelo (28 años)..	Luis Manrique.
El señor Aracil (50 años).....	Ricardo de la Vega.
Augusto Valmoral (30 años)..	José Vázquez.
El señor Solís (50 años).....	Jesús J. Gabaldón.
Don Prudencio Sigüenza (55 años).....	Luis Pérez de León.

Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.—La acción en San Sebastián y en verano.—El primer acto en la terraza del Kursaal.—El segundo y tercero en casa de Camponaraya.

ACTO PRIMERO

Un rincón de la terraza del Kursaal de San Sebastián en agosto, al caer la tarde. A juicio del Director cruzarán la escena varias figuras

ESCENA PRIMERA

Pepito Pleguezuelo, de americana, sentado; Valmoral, acercándose

VALMORAL.—¡Aquí se respira!

PLEGUEZUELO.—¿Tampoco tú resistes?

VALMORAL.—Hace allá dentro un calor asfixiante.

PLEGUEZUELO.—Esa aún no es disculpa. Que un salvaje como yo venga de veraneo a San Sebastián y prefiera este rincón de la terraza del Kursaal, cómodo y fresco, a la aglomeración y a la atmósfera viciada de los salones en días de concierto, se comprende; pero que tú, Augusto Valmoral, el primer aficionado de Europa, el hombre que llora con un violín, suspira con un oboe y llega a gemir con un trémolo de los tim-

bales..., ¡no!, ese hombre no puede abandonar la música por la razón vulgarísima de que sude..., ni aun por la razón poderosa de que suden los demás.

VALMORAL.—¡Era morir!

PLEGUEZUELO.—Pues muere. Yo te lloraré. ¡Pero el arte primero, Valmoral!

VALMORAL.—No llega a tanto mi admiración por Beethoven.

PLEGUEZUELO.—¿Todavía estás en Beethoven? ¡Pero Valmoral! Yo no soy nada... Ni abonado... Y ya estoy en los rusos. No diré que sepa un solo nombre..., ¡imposible aprenderlos! No diré que entienda su música..., ¡no! Eso no te lo diré. Pero que estoy con los rusos en música, eso sí te lo digo con absoluto convencimiento.

VALMORAL.—Pues el lunes hay un recital con números suyos. Ven.

PLEGUEZUELO.—No. Oyéndolos me expongo a que disminuya el entusiasmo. Déjame mi manera de apreciarlos.

VALMORAL.—Como quieras.

PLEGUEZUELO.—¿Un jerez? ¿Un helado?

VALMORAL.—Nada; gracias.

PLEGUEZUELO.—¿Una silla?

VALMORAL.—*(Riendo.)*—Eso lo tomaré. *(Se sienta.)* ¿Y Teresita?

PLEGUEZUELO. — Hemos reñido... y por una bobada. Le dije que viniera a San Sebastián y no quiso.

VALMORAL.—Sus padres creo que van a Zarauz.

PLEGUEZUELO.—Sí.

VALMORAL.—Entonces ¿cómo iba a venir ella?

PLEGUEZUELO.—Conmigo.

VALMORAL.—¡Hombre!

PLEGUEZUELO.—Sin mala intención. Yo se lo propuse así únicamente como más barato para la familia.

VALMORAL.—¡Claro! Pero una novia no acepta esas proposiciones.

PLEGUEZUELO.—Y eso ha ocurrido con Teresa. ¡Es admirable la solidez de principios que tienen hoy las muchachas!

VALMORAL.—¡Reconoce que hubiera sido una campanada!

PLEGUEZUELO.—Puede que tengas razón. Sí, ha hecho muy bien esa criatura. Ahora, que en San Sebastián se habría divertido mucho más. Eso, reconócelo tú.

VALMORAL.—Sí, pero en otras condiciones.

PLEGUEZUELO.—Y en esas, también. Deja aparte la moral...

VALMORAL.—¡Si es que no la podemos dejar!

PLEGUEZUELO.—Tienes razón: no la podemos dejar. Y ahí vienen las consecuencias deplorables para mí: sin Teresita... y desesperado.

VALMORAL.—Ya te buscarás otro consuelo.

PLEGUEZUELO.—Sí... Pero a final de temporada se me vuelve a presentar el mismo conflicto.

"Ven a Madrid, Consuelo"... Y me va a contestar que no, por eso que hemos dicho antes con tan buen sentido: por la cuestión moral y la solidez de principios familiares.

VALMORAL.—Indudablemente.

PLEGUEZUELO.—¡Y ya me veo desesperado otra vez a fines de septiembre!

VALMORAL.—*(Riendo.)* — ¡Paciencia, Pleguezuelo!

PLEGUEZUELO.—¡Ya hace falta, ya, para vivir en un mundo tan honrado como éste!

VALMORAL.—Pues no lo califican de ese modo.

PLEGUEZUELO.—Serán más afortunados... o más embusteros.

ESCENA II

Dichos: Laura

LAURA.—Te buscaba, Pleguezuelo.

PLEGUEZUELO.—A tu disposición, Laurita. ¿Y tu marido?

LAURA.—En Madrid todavía, hasta el miércoles o jueves.

PLEGUEZUELO.—Pues reitero mi ofrecimiento con mayor amplitud: a tu disposición, Laurita.

LAURA.—Gracias.

VALMORAL.—Hasta luego, tú.

LAURA.—Por mí no se moleste usted...

VALMORAL.—Ya me retiraba. *(Inclinación y mutis.)*

PLEGUEZUELO.—Adiós.

LAURA.—¿Quién es éste?

PLEGUEZUELO.—Un *hispano.*

LAURA.—Un compatriota.

PLEGUEZUELO.—No seas incivil, Laurita. Hispano, *hoy,* no se refiere a nación, sino a cualidad moral de las personas. La cualidad moral de tener un automóvil de la Casa Hispano-Suiza.

LAURA.—¿Y eso es una cualidad moral?

PLEGUEZUELO.—Debe de serlo... por lo que se aprecia. Los tiempos han variado mucho, y ya no se contesta con aquella imprecisión y aquella ambigüedad de antes: "Este es un capitán..." "Este es un abogado..." Y te quedabas sin saber realmente lo que eran, porque si el uno no tenía más que la paga y el otro no tenía pleitos, era como no haber dicho nada concreto.

LAURA.—Claro.

PLEGUEZUELO.—Clarísimo. Y ahora se precisan, se aquilatan las situaciones de una manera encantadora: "Este es un *hispano*... Este es un *buick*... Y éste no es nadie, ni *ford* siquiera..." Y con esta nomenclatura tan sencilla ya saben inmediatamente las niñas y sus apreciables mamás cuál es el más simpático y el más caballero de los presentes.

LAURA.—Pues está muy bien.

PLEGUEZUELO.—Excelente. Y además, de una

simplificación práctica admirable, porque antes, para conocer a un muchacho, necesitabas estudiar al muchacho y enterarte de la familia... ¡Una serie de historias! Y ahora le miras la marca, lo que es facilísimo, porque va en tres o cuatro sitios del coche, y ya estás enterada de cómo es el muchacho y de cómo piensa la familia.

LAURA.—¿Crees tú...?

PLEGUEZUELO.—No... Pero lo creen ellas... Y eso es lo definitivo para el amor moderno en la juventud.

LAURA.—Habrá muchos chascos...

PLEGUEZUELO.—Los mismos de otros tiempos... Y con ventaja final para los actuales, porque en los siglos pasados la pobrecita engañada no tenía más recurso que gemir y llorar... Y ahora, como durante el noviazgo aprendió a conducir, pone un taxímetro y se gana la vida.

LAURA.—Así, bueno.

PLEGUEZUELO.—Y además, sigue yendo en *auto*. ¡Indudablemente, vivimos en el mejor de los mundos..., aunque hace diez minutos haya dicho lo contrario! Pero esta es otra ventaja moderna. Con la velocidad de la marcha hermanamos la velocidad de las ideas; de un día para otro se quedan muy atrás los pensamientos... Y sólo a contadísimas personas se les ocurre la candidez de volver a recogerlos.

LAURA.—No te conocía como filósofo...

PLEGUEZUELO.—Ni yo. Debe ser que hoy he perdido al *bacarat*.

LAURA.—¿Mucho?

PLEGUEZUELO.—Medio mes. De aquí a primeros de septiembre no contéis conmigo más que para los juegos de prendas, las iluminaciones y otros vicios gratuitos. Fuera de eso, San Pepito Pleguezuelo.

LAURA.—Precisamente andaba buscándote para una fiesta así.

PLEGUEZUELO.—Pues para eso dispón de mí... y de mi fortuna.

LAURA.—Los marinos dan un baile en el crucero.

PLEGUEZUELO.—Sí, el lunes.

LAURA.—Quisiera ir.

PLEGUEZUELO.—Irás.

LAURA.—Y que tú me acompañes a bordo para no entrar sola.

PLEGUEZUELO.—Te acompañaré.

LAURA.—Y a la vuelta, si no trastornas tus planes, me dejas en el hotel.

PLEGUEZUELO.—Te dejaré. ¿Quieres más?

LAURA.—Nada. ¡Eres un santo!

PLEGUEZUELO.—Hasta primero de septiembre. ¡Ya lo sé, ya!

LAURA.—Si estos días te conviene venir a almorzar o a comer a mi hotel...

PLEGUEZUELO.—No, gracias. Ya tengo la discretísima prudencia de pagar el mío adelantado.

El dueño mismo reconoce que esa es su única salvación.

LAURA.—Tú sabrás.

ESCENA III

Dichos: Dominica y Pedro

PLEGUEZUELO.—Ahí viene ya quien nos resuelve tus deseos. Aguarda. *(Acercándose.)* Buenas tardes, Dominica.

DOMINICA.—¡Hola, Pleguezuelo!

PLEGUEZUELO.—¿Y tú, Perico?

PEDRO.—Perfectamente.

PLEGUEZUELO.—Quería pedirte un favor. Aquella señora, la de Onís...

DOMINICA.—¿Bonifacio Onís, el ingeniero?

PLEGUEZUELO.—Ese.

DOMINICA.—Al cuñado le tratas tú; es Gutiérrez Librado, aquel ingeniero también de la Naval de Barcelona.

PEDRO.—¡Ah, sí!

PLEGUEZUELO.—El marido está en Madrid aún, y ella quisiera asistir a vuestro baile.

PEDRO.—Con mucho gusto.

PLEGUEZUELO.—*(A* LAURA.)—Que con mucho gusto.

LAURA.—*(Levantándose.)*—Gracias.

DOMINICA.—*(Acercándose.)*—Pedro es amigo de su hermano de usted.

PLEGUEZUELO.—*(Presentándoles.)*—Los señores de Roblar. Un matrimonio de los que dan mal ejemplo.

DOMINICA.—¡Pleguezuelo!

PLEGUEZUELO.—Se quieren, van siempre juntitos y nos hacen creer a los infelices solteros que la vida conyugal es la perfecta.

DOMINICA.—Y lo es.

PLEGUEZUELO.—Saluda, Perico.

PEDRO.—Te obedezco..., y obedécenos también tú imitándonos.

PLEGUEZUELO.—Me casaré, ya lo creo. No digo que este año ni el que viene; pero al otro, lo pensaré muy seriamente.

LAURA.—Entonces, va para largo.

DOMINICA.—¿Quién lo sabe? Ni quién sabe nada en ese terreno, si del amor, que debía ser un afecto tan sencillo y tan natural, han hecho los hombres una pasión tan complicada y tan artificiosa.

PLEGUEZUELO.—Y las mujeres.

DOMINICA.—También las incluía. Y lo que no debió pasar nunca de los límites modestísimos de una inclinación, como base para otros afectos más nobles, lo hemos convertido en el eje central de la vida, que llevó a la Humanidad a muchos desatinos... Y aun la ha de llevar a muchos más.

PLEGUEZUELO.—Desatinos, no. Todo lo que se hace por una mujer está bien hecho.

DOMINICA.—Mientras sean ustedes libres, sí; después, no.

PLEGUEZUELO.—¿Después no?

DOMINICA.—¡No!

PLEGUEZUELO.—¡Pues no me caso, Dominica!

DOMINICA.—Hará usted perfectamente.

LAURA.—Teniendo la suerte de encontrar un marido como el suyo, bien está esa teoría tan radical. Con otros falla la teoría.

DOMINICA.—No sé lo que pensarán otros... Pero a mí me parece que el marido tiene derecho a todo, absolutamente a todo, para guardar a su mujer... Y que la mujer está obligada a todo, absolutamente a todo, para impedir que se le lleven al marido.

LAURA.—Todo..., ¿qué es?

DOMINICA.—Todo, sin excepción de nada.

LAURA.—¿Al escándalo?

DOMINICA.—Al escándalo.

PLEGUEZUELO.—¿Y a la tragedia?

DOMINICA.—Si es preciso... Y el que vacila en adoptar un recurso, sea el que sea, que le pueda servir para defenderse, es que no quiere al otro lo bastante.

LAURA.—O que hay muchas consideraciones a que atender.

DOMINICA.—Eso. Que hay muchas consideraciones que pesan en ella más que el amor... Pero cuando el amor es lo primero, se mandan al diablo todas las demás consideraciones.

PLEGUEZUELO.—¿Tú qué opinas?

PEDRO.—Yo no tengo opinión... Y como nos llevamos muy bien, tampoco la necesito.

LAURA.—Eso es lo mejor.

PLEGUEZUELO.—Indudablemente. Pero a mí me dejó usted la carne de gallina para los nueve o diez primeros matrimonios que se me ocurran.

DOMINICA.—No sé por qué. Yendo leales, que es la única manera de ir, no hay jamás peligro ninguno.

PLEGUEZUELO.—Es posible... Pero con el sistema de usted, aunque yo sea muy serio, como a ella le dé por ser celosa, ya me veo en el Juzgado municipal cada quince días. ¡Y la verdad: yo me casaría para estar con mi mujer; pero para estar con el juez tan a menudo, no me caso, Dominica, no me caso!

DOMINICA.—Allá usted.

PEDRO.—¿No quieres entrar un rato al concierto?

DOMINICA.—Lo que tú digas.

PEDRO.—*(Despidiéndose.)*—Muy honrados en que usted vaya a bordo...

DOMINICA.—Espero que nos veamos. Aquí, Guetaria, 9...

LAURA.—Yo, en el Victoria...

PEDRO.—Hasta siempre, Pepe.

(Mutis DOMINICA *y* PEDRO.*)*

ESCENA IV

Laura y Pleguezuelo

LAURA.—Compadezco un poco a este buen señor, porque si todos extremáramos así nuestros derechos, la vida sería un infierno.

PLEGUEZUELO.—Esto de que nos amen es delicioso... Pero que nos amen revólver en mano ya no me lo parece tanto. Ha de haber momentos en que no se vea el amor, sino el cañón nada más...

LAURA.—¡Claro!

PLEGUEZUELO.—E imponiendo esa moda, habría temporadas en que no se oirían más que tiros por las casas.

LAURA.—En algunas, pudiera ser.

PLEGUEZUELO.—No lo pensemos. ¡Es para delirar... y para mandarles el botiquín de urgencia a varias amiguitas!...

ESCENA V

Dichos: Aracil, Pepita y Jacinta

LAURA.—*(Riendo.)*—¡Piedad, Pepito, piedad!

PLEGUEZUELO.—Ya la demuestro.

ARACIL.—Felices...

LAURA.—Hola, Aracil.

PLEGUEZUELO.—¿Aun llegáis ahora?

JACINTA.—Y sin prisas, porque todavía estarán en la tabarra del concierto.

LAURA.—*(Riendo.)*—Exactamente..., en la tabarra.

PEPITA.—Ya acudiremos con puntualidad de noche, para el cotillón.

PLEGUEZUELO.—Para lo esencial.

ARACIL.—Y yo a consumirme la paciencia hasta las tres de la mañana.

PEPITA.—Pero, en cambio, te quedamos las hijas agradecidísimas por tu amabilidad.

ARACIL.—Sí, sí...

LAURA.—¿Tenéis ya pareja?

JACINTA.—Yo no..., el que salga...; pero ésta, siempre con ese ganso de Potocho.

ARACIL.—Hazme el favor de no hablar así, porque me crispan los nervios esos terminachos. Ni ese señor es un ganso, sino un joven muy estimable; ni ese señor es Potocho, sino Apolonio García Sobral.

JACINTA. — ¿Y no es peor llamarle Apolonio, papá?

ARACIL.—*(Indignado.)*—¡¡No!!

LAURA.—¿Va formal eso, Pepita?

PEPITA.—Parece...

LAURA.—Pues entonces mira si te agrada y si te conviene, y luego deja ya de mirar, que un nombre más feo o más bonito te servirá para las tarjetas únicamente; pero quien te ha de hacer

feliz o desgraciada no es el nombre, sino el hombre.

ARACIL.—Bien las predico.

JACINTA.—Y estamos convencidísimas de que son unos consejos súper. Anda, danos un par de duros para poner a los caballitos.

ARACIL. — Convencidísimas del súper..., pero emigrando así que barruntan que la conversación va por lo serio.

PEPITA.—¡A ver!...

PLEGUEZUELO.—En casa tiene usted razón completa, Sr. Aracil; pero en el casino la tienen ellas para querer divertirse solamente.

ARACIL.—Bueno. Ahí van los dos duros.

PLEGUEZUELO.—Y adiós.

JACINTA.—Adiós.

PLEGUEZUELO.—Mi despedida era a los dos duros, que a vosotras aun cuento con volver a veros...; pero a ellos, no.

JACINTA.—Muchos ganan..., ¿por qué no hemos de ganar nosotras?

PLEGUEZUELO.—Exacto.

PEPITA.—Y ahora vamos a demostrarlo. Anda, Jacinta.

(Mutis las dos muchachas.)

LAURA.—¡Es una desdicha cómo discurre hoy la juventud!

PLEGUEZUELO.—Lo natural, Laura. Otros tiempos, otros vientos.

ARACIL.—En costumbres y aun en libertades, lo concedo; pero lo fundamental de nuestros principios debía ser inconmovible.

PLEGUEZUELO.—De los principios de usted, sí...; pero los de ellas son muy diferentes..., como lo serán mañana los de sus hijos, y ellas no lo comprenderán, como no los comprende usted ahora.

ARACIL.—A lo que yo me refiero no es cuestión de turno ni de época: es cuestión de conciencia, de dignidad, de honradez..., y eso no varía jamás.

LAURA.—¡Ay, Aracil!, usted ya va siendo uno de los últimos baluartes de esas ideas.

PLEGUEZUELO.—Un fósil del honor caballeresco, querido Aracil.

ARACIL.—Y a mucha honra. Precisamente porque los demás se complacen en olvidarlo, me creo yo más obligado a mantener y a divulgar las tradiciones de la raza.

LAURA.—Bien claro lo dice usted en su libro "Leyes y reglamento del honor".

ARACIL.—Como se debe decir para que lo entiendan. Las gentes no se han de matar como gañanes ni han de perdonar mansamente las ofensas como unos cobardes.

PLEGUEZUELO.—El sacrosanto desafío.

ARACIL.—Exactamente. El nobilísimo y caballeroso desafío, que hoy, por desgracia, se practica muy poco, y para más desgracia todavía, con

una ligereza y un desconocimiento de las normas entre caballeros que conturba el corazón.

LAURA.—¿Usted ha tenido muchos duelos?

ARACIL.—Personales, cinco; de padrino, unos veinte..., y como árbitro en Tribunal de honor, unos catorce o quince...; y le aseguro a usted que en ninguno se ha faltado al más leve requisito. ¡Antes me bato yo con mi apadrinado que tolerarle una trasgresión al reglamento!

LAURA.—Bien hecho.

PLEGUEZUELO. — ¡Muy bien hecho! Así tiene usted la fama, que no hay lance perfecto sin su concurso y es casi forzoso que todos se valgan de su pericia de usted.

ARACIL. — No sostendré que soy insustituíble ni mucho menos; pero alguien sí creo ser.

LAURA.—Una institución.

PLEGUEZUELO.—Sin usted no hay cartel posible para los duelistas que se estimen, e indudablemente, señor Aracil, es usted el primer espada del honor.

ARACIL.—Exagera usted, querido amigo; pero le quedo muy obligado por su amable parangón.

ESCENA VI

Dichos: Valeria y Luis Antonio

LAURA.—Yo pienso lo mismo, y su nombre de usted es ya una garantía en esos lances.

ARACIL.—¡Señora!...

LAURA.—*(A* VALERIA.)—¡Siempre del brazo!

VALERIA.—Siempre.

LAURA.—La luna de miel perpetua.

VALERIA.—Cinco años ya, que se fueron como un soplo..., y preparándonos para diez veces otros cinco en santa paz y en santo amor. ¿No es así, marido?

LUIS.—Así...; sólo que para más tiempo todavía.

VALERIA.—*(Riendo.)*—En lo que pensaba exagerar, aún me quedé corta.

LAURA.—Pues que sea como él lo dice.

ARACIL.—Y mi cordial enhorabuena.

PLEGUEZUELO.—La mía no sirve de nada; pero acéptenla como un objeto de arte de esos que hay que dar las gracias... y hay que tirarlos.

VALERIA.—Ya sabe cuánto le estimamos, Pleguezuelo.

LUIS.—Venimos a cenar aquí.

LAURA.—Nosotros también. Y si queréis, haremos reservar las mesas juntas.

LUIS.—Yo no puedo dar opinión en mi calidad de convidado.

PLEGUEZUELO.—Convidados es mejor.

LUIS.—El obsequio es para mí solamente. Me convidó Valeria .

ARACIL.—Total, el mismo bolsillo.

VALERIA.—No, señor; del mío propio, de mi honrado trabajo personal.

LAURA.—Sabía que Camponaraya es un gran arquitecto...; pero de ti...

VALERIA.—Pues yo estoy en camino de ser también una gran arquitecta. ¿Verdad, Luis?

LUIS.—*(Riendo.)*—Sí...

VALERIA.—Tuve siempre una afición enorme al dibujo; pero no hubo forma nunca de pintar un señor con las dos piernas iguales ni una señora con la nariz proporcionada. ¡Las pobrecitas salían todas chatas o narigudas! Y renuncié..., comprendiendo que Dios no me llamaba para eclipsar a Velázquez. Pero me caso, veo a Luis haciendo planos con líneas rectas y curvas solamente..., y me dije alborozada: "¿Líneas? ¿Papel cuadriculado? ¿Y aquí no hay piernas ni narices? ¡Pues ésta es la tuya, Valeria! ¡Tú vas a ser el Velázquez del papel cuadriculado! ¡A dibujar desde ahora mismo!" Y dicho y hecho..., y así empecé mi carrera de arquitecta.

LUIS.—*(Riendo.)*—Así.

VALERIA.—Y en seguida me lancé a lo práctico, a hacer casas. ¡Pero qué casas, eh, Luis!

LUIS.—Extraordinarias, sí.

VALERIA.—Sin darme cuenta yo misma, y por una jugarreta que me gastaba el diablo, le apliqué a las habitaciones la antigua proporción de las narices..., y la que no me salía grillera salía palacio. Sobre todo palacios. No podía hacerme a la idea de que los centímetros representaban metros..., y todo era decirme: "No, aquí no van a

caber..., les daremos un poquito más... Y hubo comedor que me salió tres metros más allá de la fachada...; pero, en cambio, hubo escaleras que se metían por el salón.

PLEGUEZUELO.—La ley de las compensaciones... y el suicidio de los caseros.

VALERIA.—*(Riendo.)*—Seguramente.

LUIS. — Pero todo eso fué en los comienzos nada más, que hoy es una colaboradora muy útil.

VALERIA.—A fuerza de corregirme... he llegado, por fin, a que pueda confiarme algún trabajillo ligero. Todavía fantaseo un poco, pero ya es culpa suya, o mejor dicho, consejo suyo. Por lo mismo que es muy meticuloso y proyecta muy a conciencia, dice que le conviene a su lado quien deje volar la imaginación.

LUIS.—Sin duda ninguna. Las grandes innovaciones han tenido casi todas por antecedente una gran extravagancia de gentes que ven la idea, pero no están lo bastante bien preparados para ver la forma.

ARACIL.—Es verdad.

VALERIA.—Y como también a mí me convenció, ya no me paro en barras para dibujar cuanto se me ocurre, diciéndome: "No te preocupes, Valeria... A lo mejor en ese desatino te está saliendo una innovación genial para la Arquitectura."

LUIS.—*(Cogiéndola del brazo y riendo.)*—Van a pensar que los dos estamos locos.

VALERIA. — Que lo piensen...; pero que nos imiten.

LAURA.—Todo eso lo encuentro muy bien por lo que supone de buena armonía entre ustedes; pero no veo la necesidad de mezclarse en los asuntos profesionales del marido.

VALERIA.—¡Qué error tan grande! Si yo tuviera que escribir el decálogo de la perfecta casada, antes que el amor, antes que la fidelidad, antes que todo, el primer mandamiento sería: "La mujer debe interesarse en el oficio del marido."

ARACIL.—Dice usted bien, señora.

VALERIA.—No hablemos del aspecto económico, que a la más egoísta le importa, aunque sea únicamente para saber cuál es el momento oportuno de pedir.

LAURA.—Ninguno...

VALERIA.—Bastantes, sólo que hay que tomarse la molestia de elegirlos. Pero ese problema, siendo muy grave, es el secundario, que para mí todo el secreto de ser felices está en el afán que ponga la mujer para adivinar y servir las preocupaciones del marido.

LAURA.—¿Más que en la mutua estimación?

VALERIA.—Más.

ARACIL.—¿Más que en el amor?

VALERIA.—Tanto... y también más. Pretender que el hombre se pase las horas enteras diciéndonos que somos preciosas y que nos idolatran es colocarse fuera de la realidad.

LAURA.—¡Y tan fuera!

VALERIA.—Por ley natural, necesitan dividir en dos partes su atención: una, dedicada a placeres y a diversiones, y otra, forzosamente dedicada a ganarse la vida.

ARACIL.—Evidente.

PLEGUEZUELO.—Por desgracia...

VALERIA.—Y si cuando empiezan a contarnos sus planes y sus ambiciones, nosotras nos desentendemos de la conversación; si cuando nos consultan algo—no buscando en el consejo nuestra ciencia, sino el instinto de compañero leal que no le ha de mentir en el buen deseo—nosotras no sabemos ni queremos saber de qué nos hablan; si cuando viene satisfecho por algún trabajo que ha logrado o por alguna dificultad que ha vencido... puede observar que no lo entendemos, que no le seguimos por sus ilusiones y que lo único que nos interesa de su labor es lo que cobra..., llegará un momento en que se convenza de la inutilidad de participarnos cosa ninguna y se distanciará de nosotras, continuando solo y aislado la parte de su vida trabajadora.

ARACIL.—Eso es lo que ocurre en noventa y nueve matrimonios de cada cien.

VALERIA.—Pues no cabe mayor torpeza. Habiéndose unido para siempre hombre y mujer, ya desde el primer día impone la mujer que el hombre se distancie de ella durante media vida. De un solo golpe, lo que había de ser todo lo reduce

ella gustosa a la mitad. ¡Y después se duele si esa mitad se va extendiendo y alguna vez se hallan por completo distanciados!...

LUIS.—Tienes razón, Valeria. El hombre que en su casa no encuentra más que una alcoba, encontró muchísimo para los primeros meses; pero no encontró nada para sujetarle toda la vida.

VALERIA.—Así lo creo.

LUIS.—Que un solo tema, aun siendo el tema divino del amor, concluye por agotarse..., y hablando un rato de quererse, otro de diversiones y otro de negocios, diríase que se habla con tres personas distintas... y por tres veces se sujeta uno a la casa.

ARACIL.—La prudente y discretísima variedad.

LAURA.—Y la difícil.

VALERIA.—También; pero creo en su eficacia de tal modo, que no vacilo para decir que la fuerza del matrimonio está en no ser nunca más que dos y en parecer siempre que son muchos, estudiando los gustos del marido para que ninguna pregunta suya se quede sin contestación, que la mujer de su casa, en lo posible, ha de ser como los diccionarios, que todo se encuentra en ellos y a todo responden en seguida.

LAURA.—No está mal...

LUIS. — *(Abrazándola y riendo.)* — Está muy bien...; y anda, diccionario, vamos a jugar nuestras mil pesetas.

PLEGUEZUELO.— *(Brincando.)*—¿Cómo? ¿Jugáis mil pesetas?

LUIS.—Cada noche.

PLEGUEZUELO.—¿A la ruleta?

LUIS.—A la ruleta.

ARACIL.—¡¡Quién lo diría de ustedes!!

VALERIA.—Se juegan, sí..., pero de boquilla.

PLEGUEZUELO.—¡¡Ah!!

VALERIA.—Y con la misma emoción que si fueran efectivas. Observamos hacia donde se inclina la suerte..., discutimos el número con toda prudencia...: "¡Al diez y seis, tú! ¡No, al veintiuno!... ¡No, a menores! ¡No, a mayores, que se dan más." Al fin nos decidimos por uno, y de común acuerdo se dice solemnemente: "Las hubiéramos puesto al veintitrés..." Porque, eso sí, tenemos corazón de jugador y las arriesgamos todas de una vez.

PLEGUEZUELO.—A llenarse de dinero si aciertan.

VALERIA.—Eso, a llenarnos. Gira la ruleta, gira en contrario la bola, se detiene al cabo donde la casualidad lo dispone..., y entonces nos decimos: "Hubiéramos perdido mil pesetas, Luis..." "Hubiéramos ganado treinta y cinco mil, Valeria!" Es magnífico, ¿eh?

LAURA.—Magnífico.

LUIS.—Aun no haciendo nada..., hacemos bulto y animamos la partida.

PLEGUEZUELO.—Puesto que es de boquilla, y

eso entra hoy en mis recursos..., ¿quiere usted hacerme el favor de interesarme en veinte duros?

VALERIA.—*(A* LUIS.)—Nos perjudica si acertamos...

LUIS.—Muchísimo...

VALERIA.—Pero, en fin, por un amigo..., ¿acepto?

LUIS.—Bueno.

VALERIA.—*(A* PLEGUEZUELO.—¡Van!

PLEGUEZUELO.—Gracias.

VALERIA.—*(Cogiéndose del brazo.)*—Y al vicio, Luis.

LUIS. — *(Fingiéndose resignado.)*—¡Al vicio!

(Mutis VALERIA *y* LUIS.)

PLEGUEZUELO.—¡Buena suerte!

ARACIL.—En qué niñerías disfrutan dos personas formales...

LAURA.—Ventajas del llevarse bien. Hasta las bobadas les ilusionan por realizarlas juntos.

ARACIL.—Gran cosa es el amarse, sí, señora.

LAURA.—¡Y ya es suerte la de Valeria! Después de aquel primer matrimonio tan desastroso, que hasta la robó los pocos cuartos que tenía para escaparse con otra..., ir a encontrar este segundo marido, que es un bendito.

ARACIL.—Suerte; pero merecida, que ella es encantadora.

PLEGUEZUELO.—¡¡No puedo!!

LAURA.—¿Qué es lo que no puedes?

PLEGUEZUELO. — Estarme aquí. Ya sé que es una broma, que no voy a ganar ni a perder porque adivinen un número de memoria...; pero la idea de que están jugando por mí, aunque sea de mentirijillas, me pone frenético. ¡Yo tengo que ver eso!

LAURA.—Pues anda a verlo.

ARACIL.—Con bien poco se altera usted, joven...

PLEGUEZUELO.—Con nada. ¡Es que soy un manojo de nervios! Mire usted: el año pasado aprobé una asignatura de la carrera de Derecho... y me puse como loco. Hasta fiebre tuve.

ARACIL.—De la alegría.

PLEGUEZUELO.—No, señor, de la sorpresa. No puede usted figurarse lo que a mí me sorprendió el que me dijeran que sabía la asignatura.

LAURA.—¿Y las demás?

PLEGUEZUELO.—En las demás no hay cuestión. Estamos de acuerdo el Tribunal y yo en que no me sé ni una palabra. Y ya hay profesor que al aproximarme para el examen me dice cariñoso: "¡¡Hola Pleguezuelo!!..."

ARACIL.—¡Caramba!

PLEGUEZUELO.—A fuerza de vernos en los exámenes hemos llegado a simpatizar.

ARACIL.—Más vale.

PLEGUEZUELO.—Vamos, creo yo que será eso.

LAURA.—Seguramente.

PLEGUEZUELO.—Bueno. Con el permiso de us-

tedes, voy a ver si hemos tenido la desgracia de tener suerte.

ARACIL.—Vaya con Dios.

PLEGUEZUELO.—*(Marchándose.)*—¡Porque sería horrible acertar de mentirijillas un pleno de veinte machos! ¡¡Horrible!! *(Mutis.)*

ESCENA VII

Laura y Aracil: luego Pedro

LAURA.—Lástima de muchacho, porque es inteligente y despierto.

ARACIL.—¿Rico?

LAURA.—El padre tiene unos cuartos; pero las fortunas de ayer no alcanzan para las pretensiones de hoy.

ARACIL.—Y entonces, ¿qué porvenir?

LAURA.—Me figuro que el de casi todos: una dote.

ARACIL.—¿Y si no cae?

LAURA.—La ruina. Comerse en cuatro días su herencia y morirse después de hambre en cuarenta años.

ARACIL.—El caso es no trabajar, ¿verdad?

LAURA.—Por lo visto.

ARACIL.—Pues le compadezco, que los tiempos no están para vagos..., aunque los vagos siempre hayan sido flor de todo tiempo.

LAURA.—Mal le veo...

ARACIL.—Para concluir le quedará el recurso de todos estos señoritos holgazanes y ambiciosos: el de buscar negocios turbios y meterse a granuja o buscar un ricacho y meterse de amigo complaciente.

LAURA.—¡Pero los dos medios son indignos!

ARACIL.—Le diré a usted... Para unos son medios indignos, sí; para otros son medios solamente. Es cuestión de epidermis.

LAURA.—¡Qué severo es usted, Aracil!...

ARACIL.—Y no puede ser de otra manera. El que transige con la primer falta, ya no tiene autoridad para reprender las restantes. ¿Se imagina usted que yo conservaría la reputación de que gozo si permitiera desmanes y extralimitaciones en un encuentro de caballeros? ¡No señora!

(Entra PEDRO *y se les acerca lentamente.)*

LAURA.—Tal vez. Pero queda un extremo a discutir. En un lance, y, por consecuencia, en una situación gravísima para dos hombres..., ¿vale más que se cumplan todos los artículos del Reglamento o que se suavicen los funestos resultados?

ARACIL.—Para mí no ofrece duda: el Reglamento, que es la misión de los padrinos; mientras que el resultado no es sino la derivación lógica de lo que los enemigos deseaban. Y al terre-

no no se debe ir más que para el peligro; para otra cosa es bufo e innoble.

LAURA.—¿Qué le parece a usted?...

PEDRO.—*(Dándole la mano.)*—Hola, Aracil.

ARACIL.—Buenas noches, señor Roblar.

PEDRO.—En mi profesión, me está vedado el pretender que se atenúen las condiciones, sobre todo si el contrario las pide, y aceptaría las que me propusieran, por duras que fuesen.

ARACIL.—¿Lo ve usted?...

PEDRO.—Pero yendo hasta donde me mandaran ir, sin hacer una observación ni un comentario, seguiría pensando para mis adentros que íbamos a un acto inútil, que no demostraba nada, que no resolvía nada y que, en el caso de tener una resolución deplorable, era un lamentabilísimo final porque la vida la poseemos para disfrutarla mientras se pueda..., o para sacrificarla sin vacilar cuando nos la exijan por algo más grande que el odio de otro hombre.

LAURA.—¿Y usted lo ve?...

ARACIL.—Me sorprenden en usted esas afirmaciones y me apenan, señor Roblar, me apenan.

PEDRO.—No hay por qué, ya que estas palabras en mis labios no pasan de ser una idea particularísima e íntima, que estoy pronto a desmentirla con mi conducta en cualquier momento. Y a la hora de matarse es más conveniente una pistola que una idea.

ARACIL.—Eso me tranquiliza un poco.

PEDRO.—¿Un poco? ¡No! Tranquilícese del todo, amigo Aracil. No soy yo de los que se substraen a los mandatos de la opinión pública. La abomino, la desprecio, la considero injusta y voluble..., pero la acato. ¿Basta?

ARACIL.—Basta.

PEDRO.—Pues a otra cosa.

ESCENA VIII

Dichos: Valeria

VALERIA.—Hubiéramos perdido mil pesetas...

LAURA.—Fué buen acuerdo no jugarlas.

VALERIA.—Admirable. *(Le da la mano a* PEDRO *y éste se inclina.)*

LAURA.—Aquí estábamos enfrascados en esas sublimidades del honor, de la lealtad, de lances entre caballeros...

VALERIA.—Yo no entiendo de eso..., ni creo que lo entienda nadie.

ARACIL.—Señora, en mi libro "Leyes y Reglamento..."

VALERIA. — ¿Lances entre caballeros? ¡Si no los puede haber! Siéndolo ambos, es porque ninguno ha faltado..., y no hay motivo para el desafío. Si uno faltó, deja de ser caballero: se hace inferior al que sigue siéndolo..., y no se puede autorizar un desafío entre un caballero y un ru-

fián. ¡De ninguna manera se puede nadie batir, señor Aracil!

ARACIL.—Señora, usted atropella... Pero yo le diré...

VALERIA.—Del honor, ¿quién sabe lo fijo, si para los hombres es de un modo y para las mujeres de otro?

ARACIL.—¡Señora, por Dios!

VALERIA.—Y de la lealtad aun sabemos todos menos, porque todavía no ha nacido quien nos diga cómo se puede ser leal.

ARACIL.—¿Usted lo ignora?

VALERIA.—Y usted también. Si nos referimos únicamente a ser correctos, a no traicionar..., eso es sencillísimo. Pero si profundizamos, entonces ya nos perdemos, porque el conflicto de los leales no se presenta más que cuando hay lucha, cuando su conciencia les impone el hablar y su razón o su piedad les aconseja el callarse. Y al resolverse por uno de los dos, será leal con el que previene, pero es desleal con el que descubre.

LAURA.—Claro que sí.

ARACIL.—Que se incline al más amigo o al más sacrificado.

VALERIA.—Pero no se trata de lo que valen los otros, sino de su propia conciencia, de no hacer sangre y daño a quien no le hizo mal nunca, y si por fuerza el ser leal con uno es ser traidor con otro, la verdadera, la absoluta, la única lealtad es la del silencio.

PEDRO.—La única.

VALERIA.—Y todas las demás tienen que dejar un sabor muy amargo para quien se precie un poco de leal.

PEDRO.—Y lo dejarán.

ESCENA IX

Dichos: Jacinto

LAURA.—Estoy contigo... Por el silencio no se pierde a nadie.

JACINTA.—Papá... Pepita tiene ya sesenta y tantos duros.

ARACIL.—*(Levantándose.)*—¡Hombre!

JACINTA.—Y se empeña en seguir jugando.

ARACIL. — ¡Qué desatino! Hasta aquí estuvo muy discreta, pero ya de aquí en adelante sería temerario.

LAURA.—Vamos a quitarla.

JACINTA.—Y lo peor es que apunta sin reflexión ninguna, contra toda regla de buen sentido..., ¡a lo irracional, papá!

ARACIL.—¡Qué horror!

VALERIA.—¿Y así gana?

JACINTA.—Sí, señora.

VALERIA.—Pues es un golpe cruel para los racionales.

ARACIL.—¡Hay que salvar esos sesenta y tantos!...

LAURA.—Sí, sí, vamos.

(Mutis LAURA, JACINTA *y* ARACIL.)

ESCENA X

Valeria y Pedro: Dominica y Pleguezuelo, Luis luego

PEDRO.—¿Sabe usted que mañana damos una fiesta a bordo del crucero?

VALERIA.—Sí.

PEDRO.—¿Le agradaría concurrir? Entonces, en nombre del comandante, queda usted invitada, usted y los que la acompañen, naturalmente.

VALERIA.—Gracias.

(DOMINICA *y* PLEGUEZUELO *atraviesan.)*

PLEGUEZUELO.—Vuelvo a probar fortuna en los dichosos caballitos a ver si la suerte ha cambiado.

DOMINICA.—*(Que mira, ceñuda, al grupo.)*—Quizás..., porque eso es de lo que más pronto cambia en este mundo.

PLEGUEZUELO.—Pues arriesgaremos unas pesetillas, ¿quiere usted?

(Mutis los dos.)

PEDRO.—A las seis habrá dos lanchas en el

muelle con la vapora, que las remolcará, pero si usted me permite, yo iría a buscarles en la canoa.

VALERIA.—No. Iremos con todos.

PEDRO.—Perfectamente. *(Despidiéndose.)* Señora...

VALERIA.—¿No quiere usted seguir un momento?

PEDRO. — Con muchísimo gusto. Temía solamente que no le pareciera bien a usted.

VALERIA.—¿Por qué no, Pedro? ¿No somos dos amigos leales..., y amigos de hace mucho tiempo? De acuerdo en que no se aprovechen excesivamente las ocasiones de una conversación particular entre nosotros, pero tampoco hay motivo para esquivarlas en absoluto.

PEDRO.—Por mi parte, no.

VALERIA.—Ni por la mía. Y usted ha sido siempre tan caballero conmigo que no le busco porque no debo buscarle, no deseo la presencia ni la intimidad de usted porque no debo desearla, pero le guardo una estimación muy verdadera y un agradecimiento muy profundo.

PEDRO.—¡Eso no!

VALERIA.—Eso sí. *(Dándole la mano.)* Un agradecimiento muy profundo.

PEDRO.—*(Inclinándose.)*—Valeria...

VALERIA.—Celebro todo lo que sea bien suyo; querría que aún tuviera más, y para mí es una gran satisfacción el saberle a usted feliz en su matrimonio.

PEDRO.—Sí..., lo soy. No es el apasionamiento ni el delirio amante del hombre que enloquece por una mujer—¡eso no se siente más que una vez!...—, pero es el hogar tranquilo, es el afecto leal... y la paz. ¡La paz! Bastante ya para un matrimonio.

VALERIA. — En ustedes no. Dominica merece más aún.

PEDRO.—Sí, lo merece todo. Quizás el genio un poco exaltado..., pero, fuera de eso, una mujer admirable y digna por todos conceptos. Lo reconozco.

VALERIA.—Haciéndole esa justicia..., ¿por qué no va usted decididamente a quererla bien y del todo?

PEDRO.—Ya voy..., pero no llego. Cuanto sea respeto, consideración y cariño, lo tiene de mí sin regateo ninguno y con la mayor sinceridad. En pasando de ahí, ya son vanos mis esfuerzos y es inútil que me proponga el avanzar! Mi razón, mi conveniencia y la seguridad del amor suyo me dicen a voces: "Lo merece... ¡Adórala!" Todas sus condiciones morales y toda su hermosura física me dicen también: "Lo merece. ¡Adórala!"

VALERIA.—*(Sonriendo.)*—Entonces...

PEDRO.—Entonces, la voluntad y la imaginación mía se esfuerzan por adorarla..., pero la carne no vibra, no se estremece, no se congestiona..., ¡y el amor humano es carne antes que nada, Valeria, antes que nada!

VALERIA.—Poco es...

PEDRO.—Poco... Y, sin embargo, tiene que ser mucho cuando nos domina de ese modo y nos perturba los sentidos hasta hacernos olvidar y pisotear lo más respetable. Y la prueba de su fuerza enorme, avasalladora, es bien sencilla: el deseo nos esclaviza la voluntad, y la voluntad, toda la voluntad, no es capaz de inspirarnos un deseo.

VALERIA.—¿Para usted vale más la materia que el espíritu?

PEDRO.—Valer... no lo aseguro, pero que es más verdad, no cabe duda. ¿Tengo un deseo? Pues evidentemente tengo un deseo. ¿Tengo una enfermedad, un dolor? Pues evidentemente tengo el dolor. Ahí no me engañan ni me engaño. Y en cambio, tengo una esperanza, una ilusión, una fe... y muchas veces ha resultado ya que no tenía nada. Ahí me engañé... y me engañaron.

VALERIA.—Puede ser que lleve usted razón en lo momentáneo y en lo fugaz, pero en lo duradero hay que atenerse a las cualidades, que son las que en definitiva prevalecen.

PEDRO.—Para la amistad y para el aprecio de las personas, exactísimo. Para el amor, no le sirven de nada. Infinitas veces se ama lo despreciable..., e infinitas veces se desdeña lo más correcto. ¡Y bien patente lo he visto en mí! Una mujer que me quiso, dejó de quererme... ¿Por cambiar mis cualidades? No... Lo mismo que eran,

son. ¿Por falta de amor en mí? No; cada día la adoraba más, y aun es hoy el día en que no se entibió del todo mi adoración.

VALERIA.—¡Pedro!

PEDRO.—He renunciado..., pero no he olvidado todavía.

VALERIA.—*(Severa.)*—¡No hablemos de eso, Pedro!

PEDRO.—¡Perdón, Valeria!...

VALERIA.—Lo pasado... ya pasó. Y precisamente uno de los motivos de gratitud es la confianza plena de que no pretenderán resucitarlo.

PEDRO.—No.

VALERIA.—Ni recordarlo siquiera.

PEDRO.—No.

VALERIA.—Quien no quiso causarme daño cuando podía, espero que no querrá causármelo a deshora...

PEDRO. — No. Jamás. Y perdóneme usted si una palabra impensada pudo parecer que era alusión de lo que no he vuelto a hablar nunca ni lo hablaré mientras viva.

VALERIA.—Confío en ello.

PEDRO.—Confíe.

VALERIA.—Pues basta.

PEDRO.—Basta. *(Una pausa.—Sonriendo.)* Y usted ¿es muy dichosa?

VALERIA.—Muchísimo. Si estuviera en mi poder, le diría al tiempo que se eternizara en el día de hoy.

PEDRO.—Yo también... para usted, aunque por mí no lo ambiciono tanto.

VALERIA.—Hace usted mal, ya que la suerte le dió una excelente compañera.

PEDRO.—Es verdad...

(DOMINICA *aparece, los mira con ira y avanza.)*

VALERIA.—Y eso es mucho..., puede que sea el todo.

DOMINICA.—Pedro..., cuando termines...

PEDRO.—*(Levantándose apresurado.)* — Saludaba un momento a esta señora.

DOMINICA.—Ya he visto lo que duró el momento.

PEDRO.—No tenía por qué medir los minutos.

DOMINICA.—Pues si te mortifica el que yo interrumpa, a mí me mortifica también esta conversación.

VALERIA.—Ha podido usted oirla sin inconveniente.

DOMINICA.—Lo dudo...; pero, de todas maneras, yo no pienso entablar conversación con usted.

PEDRO.—¡Dominica!

DOMINICA.—¿Supongo que no tratarás de imponerme su amistad?

(LUIS ANTONIO *se va acercando.)*

PEDRO.—No impongo nada más que la cortesía del instante.

DOMINICA.—Pues ni esa quiero tener. Y si me lo preguntas, te diré por qué ahora mismo.

PEDRO.—*(Que ve a* LUIS.)—¡Calla!

DOMINICA.—Que para mí esta señora...

PEDRO.—¡Calla!

LUIS.—*(Que ha quedado inmóvil, asombrado, se acerca.)*—¿Sería usted tan amable que me refiriese a mí lo que ellos tienen tan poco interés en oír?

DOMINICA.—No és nada de usted..., y ella responderá, si quiere.

LUIS.—Pues ella.

VALERIA.—Yo ni siquiera hablaba.

LUIS.—¿Tampoco tú? Entonces, señor Roblar, le suplico a usted que me lo explique.

PEDRO.—No se refería Dominica a esta señora.

LUIS.—Dispense usted... ¡Eso lo he oído!

PEDRO.—Le doy a usted mi palabra de que lo ha interpretado mal.

LUIS.—No es verdad.

PEDRO.—¡Señor Camponaraya!

LUIS.—*(Encarándose.)*—¿Por qué no quiere ni una cortesía, por qué?

PEDRO.—Le ruego a usted que no accione violento... Nos verán... y, sin malquerencia ninguna, sin motivo contra usted, ni usted contra mí, pero con mi uniforme y mis galones, estoy obligado a rechazarle de igual modo. Se lo ruego.

LUIS.—Bien...

PEDRO.—Y le repito a usted que se ha equivocado.

LUIS.—Bien... ¿Supongo que no habrá inconveniente ninguno en que sigamos luego nosotros explicándonos?

PEDRO.—Ninguno.

LUIS.—*(Con un ligero saludo.)*—Pues hasta luego.

PEDRO.—*(Saludando igual.)*—Hasta luego. *(Marcha hacia la izquierda.)*

DOMINICA.—*(Cogiéndose de su brazo, asustada.)*—¡Pedro!... ¡Pedro!...

PEDRO.—*(Desprendiéndose suavemente.)*—Tú lo has buscado... No te duelas ahora por lo que venga.

DOMINICA.—Perdóname...

PEDRO.—Aguarda, que aún habrá algo más de que perdonar.

(Siguen y mutis hablándole ella vivamente.)

VALERIA.—*(Cogiéndose de su brazo.)*—¿Qué has hecho, Luis?

LUIS.—Empezar.

VALERIA.—¿Empezar qué?

LUIS.—*(Desprendiéndole el brazo suavemente.)*—No lo sé todavía... y quiera Dios que esto no sea también ya el concluir.

VALERIA.—*(Volviéndose a coger.)*—¡Luis!

LUIS.—*(Volviéndose a soltar.)*—Vamos sepa-

rados de pensamientos y no vale la pena de ligarse por los cuerpos.

VALERIA.—*(Soberbia.)*—Ese es tu parecer; el mío es otro. La acusación del marido, concreta y terminante, es horrible para la mujer; pero la sospecha es indigna solamente para el marido.

LUIS.—Ojalá...

VALERIA.—Y mientras no sea más que eso, yo aún continúo siendo todo para ti.

LUIS.—Ojalá...

VALERIA.—Y como entré quiero salir. ¡El brazo, Luis, el brazo! *(Y cogiéndose fuertemente van saliendo por la derecha.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una salita, que sirve también de gabinete de trabajo, clara y alegre, pero sencilla, como de casa accidental y para el veraneo, en donde viven los Camponaraya.
Una puerta a foro y otra lateral.
Es por la noche, inmediatamente después del acto anterior

ESCENA PRIMERA

Valeria, *con un traje de casa, sentada, una pierna sobre otra el codo en la rodilla y la cabeza apoyada en la palma de la mano.* (*Una pausa.*) Luego María.

MARÍA.—Señorita..., tendrán que esperar un poco, porque como dijeron que no venían a cenar, no tenemos nada preparado.

VALERIA.—Ni hace falta, que ya tomé fuera algo, figurándomelo.

MARÍA.—¿Y para el señor?

VALERIA.—No sé a qué hora podrá venir..., y cena con unos amigos.

MARÍA.—¿Se acostará pronto la señorita?

VALERIA.—Probablemente.

MARÍA.—¿Entonces llamará cuando quiera?

VALERIA.—Sí.

MARÍA.—Bueno. *(Mutis.—Una pausa.)*

ESCENA II

Valeria: Laura

LAURA.—Dispensa que venga a estas horas, pero temimos que os hubiera pasado algo.

VALERIA.—No; nada.

LAURA.—Como quedamos en cenar juntos, que os reservaron la mesa a nuestro lado, y no habéis comparecido...

VALERIA.—Es que a Luis le mandaron de casa una carta urgente invitándole también para esta noche, en que tratarían de un asunto que puede interesarle mucho..., y como lo nuestro igual daba un día que otro, lo aplazamos.

LAURA.—Pero tú ya pudiste quedarte y nosotros te hubiéramos acompañado a la vuelta.

VALERIA.—Ya me hizo Luis tomar un coche a la salida del Casino.

LAURA.—No le faltó más que certificarte. ¡Dais envidia!

VALERIA.—¿Verdad?...

LAURA.—¡Ya lo creo! Yo vengo siempre a tu casa de aprendiza.

VALERIA.—¿De aprendiza?

LAURA.—Sí. Alumna de amor, bachillerato de felicidad y a matricularme en la clase de buena armonía matrimonial.

VALERIA.—¿Y todo eso aquí?

LAURA.—Todo. Yo me llevo muy bien con mi marido, pero algo ya en camaradas... ¡No es lo vuestro ni a cien leguas! Y por si aún estoy a tiempo de aprovechar las lecciones, te agradecería que me descubrieras el secreto.

VALERIA.—¿Te imaginas que lo hay?

LAURA.—Por fuerza...

VALERIA.—Yo no sé más que las causas vulgarísimas del buen querer y del conducirse bien.

LAURA.—No bastan.

VALERIA.—Entonces, y aunque yo las ignore, lo atribuiremos a hechicerías y a magias diabólicas.

LAURA.—Me parece que tu marido no le concede una virtud muy excesiva a los conjuros...

VALERIA. — Pues yo apostaría a que sí. Los hombres lo creen todo..., y por impresión nada más. Ese es su gran defecto con nosotras. Entusiasmados, somos ángeles; si recelan, somos demonios, y ni en un momento ni en el otro hay quien les persuada de que somos mujeres únicamente.

LAURA.—Con nuestras flaquezas.

VALERIA.—Como ellos con las suyas.

LAURA.—Igual.

VALERIA.—Pero no quieren admitirlo. Para

juzgar a las demás saben que hueso y carne y fibras son idénticos; que impulsos y pasiones tienen el mismo estímulo... y las disculpan, como ellos también se disculpan sus propios errores. Pero cuando se trata de la mujer suya—esposa o amante—, de la que han acotado para sí y a la que dicen que adoran, entonces ya cambia el discurso por completo y les exigen que sean perfectas... O si no, son monstruos del averno.

LAURA.—Aborrecen de más... y adoran de más.

VALERIA.—Y aun podríamos nosotras amoldarnos a la exageración si en el pedestal nos colocaran ya eternamente. ¡Pero no! Perfectas, impecables, divinas... mientras ellos nos quieren; que en cuanto dejan de querernos hay que renunciar a la divinidad, volver pacíficamente a nuestro rango de modestísimas mortales y no recordar ya nunca que algún día fuimos diosas.

LAURA.—Y siempre en el tono que a ellos se les antoje.

VALERIA.—Siempre. Es crimen el no sentir tanto frenesí como ellos, y cuando ellos aminoran sus entusiasmos es crimen otra vez el que nosotras conservemos todavía los de antes... Que para el hombre que dejó de amar no hay nada más odioso en este mundo que la mujer que aun sigue amándole.

LAURA.—¡Y cualquiera sabe cuándo termina el amor!

VALERIA.—Nadie.

LAURA.—Pleguezuelo es el único. Ese dice que el amor concluye la víspera de declararse, cuando ya está seguro del anhelado sí... Y que solamente revive unos días si le administran un inesperado no.

VALERIA.—En broma lo resuelven muchos.

LAURA.—Y en serio también... Sólo que lo resuelven mal.

VALERIA.—Como que ni siquiera depende de uno mismo. Te portas correctamente, procuras no dar razón ni pretexto para que disminuya el cariño que te puedan profesar..., y un buen día se fué el amor, dando tumbos, Dios sabe adónde, porque en una tertulia te hicieron la disección o porque una desconocida no se recató para decir una impertinencia.

LAURA.—Poco hace falta, ya lo sé. Pero veo que de aquí no me llevo el secreto para ser dichosa...

VALERIA.—¿Lo esperabas?

LAURA.—Si he de ser franca..., no mucho. *(Levantándose.)* Y cualquiera que sea la razón, yo me alegro muy de veras de vuestra felicidad.

VALERIA.—Lo sé, Laura.

LAURA.—Que no son tantos los que pueden vanagloriarse de tal suerte para que no dé un poco de pena el oír contar que un matrimonio bien avenido se deshace y se... *(Interrumpiéndose.)* ¡Ay! A propósito... ¿Sabes lo de esta tarde?

VALERIA.—*(Procurando no traicionarse.)*—¿Lo de esta tarde... en el Kursaal?

LAURA.—Sí. Un escándalo.

VALERIA.—Pero ¿quiénes?

LAURA.—El marino ése.

VALERIA.—¿Roblar?

LAURA.—Roblar.

VALERIA.—¿Con quién?

LAURA.—Con su mujer.

VALERIA.—¿Por qué?

LAURA.—El motivo no se averiguó. Estaban al final de la terraza, y de pronto se oyeron voces destempladas de la mujer. Se aproximaron algunos; pero ellos, al darse cuenta de que los observaban, enmudecieron de repente, y nadie se atrevió ya a intervenir.

VALERIA.—¿Y después?

LAURA.—Se marcharon en seguida.

VALERIA.—Pero los comentarios...

LAURA.—Figúrate. Durante la comida fué eso la comidilla. Unos preguntaban quién sería ella, y Pleguezuelo, peor intencionado, preguntaba quién sería él.

VALERIA.—¿No puede haber otra causa?

LAURA.—Puede, sí... Pero la probable es siempre ésa, y la segura, casi siempre, que en un lugar público dos hombres se enzarzan y se pegan por cualquier cosa; pero una señora no llama la atención y no se olvida de las conveniencias más

que por el único motivo que nos ciega y nos descompone: por los celos.

VALERIA.—Quizás...

LAURA.—Ya lo sabremos. Un recuerdo a Luis.

VALERIA.—Gracias...

LAURA.—*(Saliendo.)*.—Y a ver si mañana le cumples tu promesa de convite.

VALERIA.—*(Avanzando poco a poco fuera de la puerta.)*.—Lo espero... *(Desaparece, y tras una pausa, se oye su voz dentro:* Adiós... *Y en seguida vuelve lentamente a escena, quedando pensativa.)*

ESCENA III

Valeria, María: luego Aracil

MARÍA.—Señorita... El señor Aracil.

VALERIA.—¿Aracil?

MARÍA.—Sí, señora.

VALERIA.—Que entre.

MARÍA.—Bien. *(Mutis.)*

VALERIA.—De prisa lleva las cosas, de prisa...

(Queda absorta.)

ARACIL.—*(Hace un leve gesto de contrariedad al hallarse con* VALERIA; *pero en seguida sonríe.)* Perdone usted, señora...

VALERIA.—*(Mirándole ahora.)*.—¡Hola, Aracil!

ARACIL.—¿Y el señor Camponaraya?

VALERIA.—No está.

ARACIL.—¿Que no está?

VALERIA.—*(Mirándole con fijeza.)*—¿Le había citado?

ARACIL.—No, señora, no. Es que en casa encontré una comunicación del Nauto-Club—soy presidente de la Comisión de Obras—, participándome que la Directiva había aceptado mis proyectos. No es un gran negocio, pero tampoco es gran trabajo, y quizá no le desagradará al señor Camponaraya.

VALERIA.—Seguramente.

ARACIL.—De encargarse, habríamos de acudir mañana temprano a inspeccionar el local y su ampliación.

VALERIA.—Supongo que no tardará.

ARACIL.—Entonces le aguardaré un momentito...

VALERIA.—Lo que usted guste.

ARACIL.—Si algún día quiere conocer nuestro Club, la acompañaré muy orgulloso. Es un buen edificio, y con las mejoras, quedará excelente y digno de esta hermosa ciudad.

VALERIA.—Sí.

ARACIL.—Es una población muy simpática...

VALERIA.—Muchísimo.

ARACIL.—Descontado el barullo de agosto, y

aun algo el de septiembre, se pasa muy bien aquí.

VALERIA.—*(Que hace esfuerzos para atender, luchando con sus preocupaciones.)*.—Sí, muy bien.

ARACIL.—Diversiones tenemos sobradas, y hay que reconocer que el clima es realmente delicioso. Yo vengo hace treinta años, y seguiré viniendo, si Dios quiere, porque lo juzgo un sitio de verano incomparable. No digo que otros—Biarritz, por ejemplo—, no sea también muy grato; pero, a mi parecer, hay exceso de extranjerismo, es ya un poco torre de Babel, y yo abomino de eso... ¿No opina usted lo mismo, amiga mía?

VALERIA.—Sí, señor; es delicioso.

ARACIL.—¿El qué?

VALERIA.—El clima de San Sebastián.

ARACIL.—¡Ah!... ¿Usted está todavía en San Sebastián? Yo iba ya por Biarritz... Pero volveré con mucho gusto para no dejarla sola.

VALERIA.—Dispense usted si me distraje...

ARACIL.—De nada, amiga estimadísima... Y, si acaso, sería yo el que debiera excusarse, porque comprendo perfectamente que el clima es interesantísimo para una ciudad; pero que no hay clima posible para sostener una conversación.

VALERIA.—De algún modo se han de empezar... Que no siempre se tienen cosas importantes que referir... Y a veces, a lo que una se esquiva y se substrae es precisamente a iniciar las cosas importantes.

ARACIL.—A veces... Yo le confieso a usted

con sinceridad que paso un rato cruel en las visitas, porque así que saludo, se me agotaron los temas de amenidad para el diálogo... Y a no ser porque iban a burlarse, volvería gustoso a saludar para decir algo. ¡Créame usted, señora: con esto de no murmurar siquiera, estoy perdido en sociedad!

VALERIA.—No lo deploro...

ARACIL.—¡Es tan poco airoso el que no se le ocurra a uno nada, teniendo la obligación de hablar!... Por eso me encanta que en las casas haya niños... o perros. Lo mismo me da... Pero que haya algo para preguntar y romper el hielo de los primeros minutos.

VALERIA.—Pues aquí no hay ni unos ni otros.

ARACIL.—Y así estamos usted y yo: sin saber a qué santo encomendarnos para no quedar silenciosos; que si hubiera confianza entre nosotros, tal vez usted me diría: "A la hora que es, y con el calor que hace, mientras aguarda, ¿por qué no da usted una cabezadita ahí en el sillón, amigo Aracil?" Y, probablemente, yo le respondería: "Pues sabe usted que es una brava idea, amiga queridísima."

VALERIA.—Hágalo.

ARACIL.—Comprenderá usted de sobra que fué un decir por decir.

VALERIA.—O por no decir. Las palabras nos salvan muchas veces de las situaciones.

ARACIL.—Algunas... Pero, charlando por los

codos o en silencio, lo esencial es que usted crea con absoluta certeza que el saludarla supone siempre para mí un gran...

VALERIA.—*(Levantándose.)*—¡Ahí está!

ARACIL.—*Desconcertado, levantándose.)*—¿Ahí está?

(Una pausa.)

ESCENA IV

Dichos: Luis Antonio

LUIS.—Buenas noches, Aracil.

ARACIL.—Muy buenas, querido amigo.

VALERIA.—Hace un momento que llegó...

ARACIL.—Y hemos charlado un ratito los dos... Es decir, no estoy muy seguro de que charláramos los dos, y casi me inclino a creer que hablé yo solo, porque ella estaba visiblemente preocupada con la tardanza de usted.

LUIS.—Sí...

(Una pausa.)

ARACIL.—*(Viendo que nadie habla, sonríe dos o tres veces.)*.—Ustedes darán para el otoño su vueltecita reglamentaria por el extranjero...

VALERIA.—No sé lo que dispondrá Luis. *(Una pausa. Con un poquito de molestia al ver que no*

la responden.) Digo que no sé lo que dispondrás tú...

LUIS.—*(Sin mirarla y secamente.)*.—Yo tampoco aún.

(Una pausa.)

VALERIA. — *(Decidiéndose.)* — Hasta siempre, señor Aracil. *(Mutis por lateral.)*

ARACIL.—Hasta siempre, señora mía.

ESCENA V

Luis Antonio y Aracil

LUIS.—Perdone usted que me retrasara... Pero he perdido un poco la noción del tiempo y de las distancias. Calculaba que llevaría unos minutos caminando... Y al ver en un reloj las once me quedé asombrado: ¿llevo tres horas andando? ¿Hace tres horas ya que salí del casino?

ARACIL.—Por eso se inquietaba ya su esposa...

LUIS.—¿Por eso? No. Por otras cosas, Aracil; por otras cosas.

ARACIL.—Bien. Recibí su cartita de usted.

LUIS.—Le necesito.

ARACIL.—A su disposición.

LUIS.—Hoy tuve... *(Una pausa.)* unas palabras con el señor Roblar.

ARACIL.—No son buenos consejeros los ins-

tantes de cólera, y no debe usted precipitarse a resolver.

LUIS.—Estoy decidido.

ARACIL.—Deje pasar la noche, y mañana examinaremos...

LUIS.—No.

ARACIL.—Bueno entonces; pero era de mi deber esta llamada a la serenidad y al mayor examen de los hechos.

LUIS.—Van examinados de sobra, porque esto de hoy es consecuencia y confirmación de sucesos de otro día. ¡No procedo de ligero, no! ¡Desdichadamente, anduve torpe y remiso para decidirme!

ARACIL.—Usted lo apreciará.

LUIS.—Yo, yo. Y usted... y todos; que la voz del escándalo, como la del juicio final, dicho está que ha de escucharse en lo lejano...

ARACIL.—*(Consolándole.)*—Vamos, Camponaraya...

LUIS.—Desvarío, ¿verdad? Perdóneme... Hará un año, en el Kursaal mismo, estaba yo con otro amigo al lado de un grupo... Cruzó por delante... ¡esa persona! con otra señora. Unos pasos distanciado, el señor Roblar... Y del grupo se oyó decir: "Ese aun anda detrás..." Agucé el oído; pero sea que nos vieron saludarnos familiarmente, sea que, en realidad, no tuvieran propósito de comentarlo más, callaron de eso.

ARACIL.—Pudo haber sido una coincidencia,

una frase de otra conversación, y que sólo usted ligaba con tal persona por la casualidad de cruzar en ese momento... E incluso también una de tantas malicias que, por desgracia, cuestan tan poco de lanzar...

LUIS.—Todo lo pensé; pero no me valió ninguna reflexión. Y vinieron los días horribles: acechando... Ocultándome para vigilar de lejos... Urdiendo ausencias para que se creyeran libres, y confrontar luego lo que ella me refería con los informes de quienes la espiaban...

ARACIL.—¡Oh, señor Camponaraya!...

LUIS.—¡Innoble, innoble! Pero eso es lo inmediato de las canalladas: nos encanallan a todos en seguida. Al fin, me convencí de que no había más infamia que la de mi sospecha; y entonces, como una manera tácita de pedirle perdón, me puse a adorarla ciegamente.

ARACIL.—Lo natural...

LUIS.—Y, sin embargo, a despecho de todas mis convicciones, no pude jamás encontrarme a ese hombre sin notar un estremecimiento, una repugnancia, un malestar físico..., como si la naturaleza me dijera: "No averigües, no descubras... ¡Pero ése es, ése!" Y cuando hoy vino el insulto, la afrenta sin recato, y sin hallarle justificación al reclamársela yo..., preguntándome luego, desesperado: "Pero esto ¿qué es, Dios mío?" Algo me respondió burlonamente dentro de mí: "¿Y aun lo preguntas? Esto... es aquello; lo de

hoy es lo mismo de ayer, y todo junto es tu credulidad, tu vergüenza y tu desdicha." ¡¡Y lo de ahora me subleva; pero lo de ayer me enloquece!! ¡¡Pensar que lo sabía y que aun pude tolerarlo un año más!!... ¡¡¡Dios de Dios!!! ¡¡Qué bestia soy y qué merecida tengo mi condena!!

ARACIL.—Calma, amigo mío, calma... No conduce a nada práctico el excitarse en demasía...

LUIS.—*(Templándose.)*—A nada, a nada. Hablemos fríamente. ¿Usted qué dice?

ARACIL.—Que tiene usted razón..., y me pongo a sus órdenes.

LUIS.—Comprenderá usted que no hay explicación posible con ese señor..., precisamente porque me dará, sin regatearlas, todas las que yo le pida, todas.

ARACIL.—¿Y usted no admite ninguna?

LUIS.—Ninguna.

ARACIL.—¿Por amplia que fuese?

LUIS.—No.

ARACIL.—Enterado ya. Me impongo claramente de sus legítimos deseos. ¿Quién es el otro padrino?

LUIS.—Cualquiera. Desígnelo usted.

ARACIL.—¿Le parece a usted persona grata el señor Solís de la Cuesta? Es hombre correctísimo y además un carácter rectilíneo que cumple las instrucciones sin caer nunca en la tentación algo peligrosa de interpretarlas.

LUIS.—¿Una máquina? Me conviene.

ARACIL.—Perfectamente. ¿Qué debemos exigir?

LUIS.—El lance sólo y en las condiciones más duras que sea dable imponer.

ARACIL.—¿Escogemos arma?

LUIS.—La pistola.

ARACIL.—Eso es muy expuesto...

LUIS.—A eso voy.

ARACIL.—Puede resultar algo muy grave...

LUIS.—Eso quiero.

ARACIL.—Gravísimo.

LUIS.—Eso busco. No soy duelista profesional, no me interesa el acto concediéndome caballerosidad con fiadores, y tengo derecho a que él o yo o los dos salgamos con mal recuerdo de ese día.

ARACIL.—Para exigir tanto, ¿qué causas podemos alegar?

LUIS.—Ninguna. Que deseo matarle.

ARACIL.—Bien, sí...; pero hay que darle forma a la reclamación.

LUIS.—Pues ninguna.

ARACIL.—Entonces es menester que usted haga constar por escrito, en carta dirigida a nosotros, y que exhibiremos, que la ofensa es imperdonable, que la reparación pedida es la que usted considera adecuada y que usted decorosamente no puede admitir ninguna clase de retractación.

LUIS.—La escribiré.

ARACIL.—Es caso ya previsto en mi reglamento.

LUIS.—Lo celebro.

ARACIL.—Con ello queda a salvo nuestra personalidad; pero pudiera ocurrir que los testigos adversos demandaran conocer del asunto...

LUIS.—Debo creer que el señor Roblar no cometerá la incorrección de permitirles discusiones, ni mucho menos la de indicarles él que las promuevan; pero si así fuese, ¡le corro a palos en medio de la calle!

ARACIL.—¡De ninguna manera! A usted le queda vedada toda acción directa mientras se tramita la que nosotros entablamos, y en tanto que nuestra gestión no concluya, esa persona es sagrada para usted.

LUIS.—¿Sagrada? Pensé que lo era todo para mí, pero eso no. Declaro que eso no.

ARACIL.—Pues lo es.

LUIS.—Lo será...; pero les encarezco a ustedes que apresuren el momento codiciado de que no lo sea.

ARACIL.—Descuide usted en nosotros. *(Despidiéndose.)* Y ya le informaremos con toda rapidez de la marcha de nuestras negociaciones.

LUIS.—Yo escribiré esa carta ahora mismo.

ARACIL.—No saldrá usted, ¿verdad?

LUIS.—No.

ARACIL.—Porque no es improbable que el pro-

pio señor Roblar intente adelantarse a mandarle sus amigos...

LUIS.—El sabrá.

ARACIL.—Hasta pronto, querido apadrinado. *(Mutis.)*

ESCENA VI

Luis Antonio: luego María, luego Pedro

LUIS. — *(Escribe un momento.)* — Tan breve como sería buscarse y matarse...; pero es salvaje... ¡Lástima no ser salvaje muchas veces! *(Vuelve a escribir.)*

MARÍA.—Señorito..., preguntan por usted.

LUIS.—*(Sonriendo.)* — Ya están ahí... ¡Bueno! Que pasen.

(Mutis MARÍA. LUIS *sigue escribiendo. Entra* PEDRO *y queda inmóvil.* LUIS *se levanta; pero al ver a* PEDRO *quiere abalanzarse, dominándose a duras penas.* PEDRO *inmóvil siempre. Una pausa.)*

ESCENA VII

Luis Antonio y Pedro

PEDRO.—Perdone usted que no diera mi nombre.

LUIS.—Hizo usted bien queriendo entrar. Era el único modo.

PEDRO.—Le he escrito a usted dos cartas...

LUIS.—Hizo usted mal. Nosotros no tenemos nada que escribirnos.

PEDRO.—Pero las rompí. ¡No expresaban, no eran la exactitud de mis pensamientos! Y aun a trueque de una repulsa... o de una violencia..., resolví explicarme verbalmente.

LUIS.—Usted sabrá sus resoluciones. Yo ni siquiera me sorprendo de su presencia — extraña, pongamos que extraña nada más—en la certeza de que a usted mismo le ha de correr prisa el justificarla.

PEDRO.—Inmediatamente. Ya me doy cuenta de que esto no es lo usual y de que mi conducta se prestará a interpretaciones...; pero ni eso me contuvo.

LUIS.—Ya lo veo.

PEDRO.—Señor Camponaraya..., entre usted y yo hay dos cuestiones a tratar. Para una de ellas, para la que se refiere exclusivamente a usted y a

mí, considere usted que no he venido, materialmente no he venido..., ¡no estoy aquí!

LUIS.—Bien.

PEDRO.—Me buscará usted...

LUIS.—Ya le buscan.

PEDRO.—O en su nombre, cuando le parezca, y aun después de esta conversación, le seguiré aguardando por si lo creyera todavía conveniente.

LUIS.—Bien.

PEDRO.—Hubiera sido incorrecto el presentarme para discutir algo personal de usted y mío; pero también pensé que era una felonía, una falta de nobleza el no acudir inmediatamente para borrar en absoluto de nuestras diferencias lo que se relaciona con otras personas y que sólo por ser mujeres ya está dicha la razón de ser sagradas.

LUIS.—Es nobleza... Yo no la puedo apreciar en todo su valor; pero ellas, sí... ¡Ellas, sí!

PEDRO.—El origen de esto partió de una irreflexión de mi mujer, que ya deplora y está dispuesta a manifestárselo a ustedes así cuando se lo permitan.

LUIS.—No es preciso, que de esa señora doy toda aclaración por recibida y por estimada.

PEDRO.—Y como partió de ella, yo soy el obligado a este primer paso, anticipándoles ya lo que Dominica se halla pronta a confirmar: que no tuvo razón ninguna ni pretexto ninguno para ofender a su señora de usted.

LUIS.—¿Ninguno?

PEDRO.—Ninguno. Una exaltación por su carácter impulsivo, unos celos por la causa única de que conversara yo con otra mujer, con otra, con cualquiera...; es decir, una intemperancia conmigo y contra mí; pero nada, en absoluto nada, contra esa otra señora.

LUIS.—Nada..., en absoluto nada. Por esa explicación, antes, en el momento mismo de reclamársela, no sé lo que hubiera dado. ¡De alegría, de júbilo, de gratitud, creo que me habría puesto de rodillas! Pero eso antes..., ¡antes! Ahora, con tiempo sobrado para urdirla, para amañarla, para haber medido las consecuencias, ¡no me sirve de nada semejante explicación y no la admito, no la quiero!

PEDRO.—Independientemente de lo que Dominica pueda decir, yo le afirmo a usted que no hay motivo para los celos de ella ni para el agravio de usted.

LUIS. — Desde que entró usted, esperaba esa afirmación, que es elemental. Nadie le da crédito ni importancia ninguna a la negativa interesada del amante...; nadie, claro, pero es elemental.

PEDRO.—¡Es que yo le doy a usted mi palabra de honor!

LUIS.—Entonces ya no falta más sino que yo crea en su palabra de usted.

PEDRO.—¡Camponaraya!

LUIS.—Ni la debo creer. Que si fuese usted de

veras caballero, si corriera por sus venas una gota de lealtad, una solamente, no se escudaría usted detrás de una negativa, siendo lo bastante generoso para decirme cara a cara: "Te he injuriado, sí, pero pago con mi persona y aquí estoy para que te cobres de la maldad que yo te hice."

PEDRO.—Yo no voy a decir lo que es falso.

LUIS.—*(Riendo.)*—Falso...

PEDRO.—¡Falso! Ni voy a cometer la bellaquería de inferirle tal agravio a esa señora únicamente por complacer a usted y para que tenga usted razón en una sospecha que es injustificada.

LUIS.—*(Riendo.)*—Injustificada...

PEDRO.—¡Injustificada! Y el hecho mismo de estar yo aquí, ante usted y en su casa, debía ser la demostración irrecusable, definitiva, de que yo no tengo por qué bajar los ojos ni por qué sellar los labios con ninguna pregunta que usted haga.

LUIS.—Pues tiene, tiene...

PEDRO.—No. Y óigalo usted de una vez, claro y brutal. Con su mujer de usted—¿lo oye usted bien?—, con su mujer de usted yo no he tenido nunca, nunca, ¡nunca!, más que una relación superficial.

LUIS.—¡Mentira!

PEDRO.—Sin alterarme. Verdad.

LUIS.—*(Riendo.)*—¿Por su honor?...

PEDRO.—Por mi honor.

LUIS.—*(Mirándolo fijo antes de preguntar.)* ¿Por su madre?

PEDRO.—Por mi madre.

LUIS.—¿Por su uniforme?

PEDRO.—Por mi uniforme.

LUIS.—¿Y si yo tuviera pruebas?

PEDRO.—¿Pruebas? Si usted dice que tiene pruebas, no ya de la traición, sino de otra cosa cualquiera, de la más insignificante de las cosas entre su mujer y yo, entonces soy yo el que le digo a usted que miente.

LUIS.—¡Qué villano es usted, Dios, qué villano! ¡Ni siquiera me consiente que le vaya a matar con la alegría de saber que lo merece! ¡No! Quiere que dude, que vacile...

PEDRO.—*(Suave.)*—Camponaraya...

LUIS.—Pero se engaña usted de medio a medio. No dudo, no titubeo, y si pretende usted ampararse en que no hay ofensa demostrada para discutir y regatearme las condiciones que he marcado a mis padrinos..., ¡ay, entonces! En mitad de la plaza, a bordo, le escupo y le...

PEDRO.—*(Interrumpiéndole.)*—¡Alto, alto!... Esa es la otra cuestión, y para ella empecé ya previniéndole de que no es necesario que crucemos usted y yo ni una sola palabra. Lo que exijo únicamente, con razón perfecta, es que separemos las dos cosas. Una, que no tiene usted motivo, ni grande ni pequeño, para atribuirme intervención ninguna en los afectos familiares de usted. Otra, que con motivo o sin motivo, usted desea llegar a un encuentro conmigo. No lo puedo evi-

tar ni me es lícito el atenuarlo...; pues cuando usted quiera, como usted quiera y en las condiciones que usted quiera.

LUIS.—Bien.

PEDRO.—¿Es eso?

LUIS.—Eso es.

PEDRO.—Pues ya está. Y sin odio, sin malquerencia, sin deseo ninguno de originarle a usted el más mínimo daño..., querré matar, solamente por no querer morir.

LUIS.—Es lo humano...

PEDRO.—Sí, es humano defenderse. No lo olvide usted nunca por si alguien más que yo sé quisiera defender también de esta obcecación de usted.

LUIS.—¿Quién?

PEDRO.—Quien sea. A sus órdenes, señor Camponaraya. *(Mutis.)*

ESCENA VIII

Luis; luego Valeria

LUIS.—Ha mentido para ver de salvarla a ella. Eso es evidente... ¡Evidente!

VALERIA.—¿Qué es lo evidente?

LUIS.—Que estuvo aquí ahora el Sr. Roblar...; pero no temas, que no reveló nada.

VALERIA.—Ya lo sé.

LUIS.—¿Has escuchado?

VALERIA.—Sin escuchar, pero ya lo sé. No habiendo nada, ¿qué iba a decir? Y habiendo algo, ¿por qué lo iba a decir? ¿Por qué? Si no es cierto, ¡cómo no lo ha de negar! Y si es verdad, si ha recibido ese hombre favores míos, ¿qué menos voy a suponer de él sino que jamás ha de venderme, para quedar siquiera con el mísero consuelo de poder decir: "Hice mal..., pero escogí bien"? Y por eso, siendo o no siendo, de todas maneras, y sin haberlo oído, ya estaba yo bien segura de que negara.

LUIS.—Le defiendes a él como él te defendió a ti. Es una justa correspondencia..., pero suenan a falso las palabras de los dos. Y dispensa, que me precisa revisar unos papeles.

VALERIA.—Ahora, no.

LUIS.—Ahora.

VALERIA.—No. Al obligarme a tomar un coche en la puerta misma del Casino—al obligarme, ¿eh?—, yo no quise forzar el momento ni dar un espectáculo.

LUIS.—Discreta fuiste...

VALERIA.—Pero si has pensado que la explicación entre nosotros podría demorarse ni un minuto desde aquel en que nos encontráramos a solas, padeces un gran error.

LUIS.—Yo no la quiero.

VALERIA.—¡Aunque no la quieras...!

LUIS.—Pero a mí no me conviene ahora el ini-

ciar contigo una conversación que nos llevaría muy lejos..., ¡muy lejos!, y estorbándome probablemente lo que hoy es más necesario: el liquidar primero mis cuentas con el otro.

VALERIA.—¡Luis!

LUIS.—¿Ofrecía dudas eso?

VALERIA.—¿Dime qué piensas? ¿Qué sospechas, Luis?

LUIS.—Que no se hubieran arriesgado al desaire que te hicieron sin una seguridad muy grande en los motivos.

VALERIA.—Ella misma se desdice ahora.

LUIS.—Por arrepentida, no de lo que hizo, sino de las consecuencias que trajo. Al separar a su marido con violencia de una mujer, no previó en aquel instante que lo lanzaba contra un hombre. Y a eso le tiene un poco de miedo..., con razón, y se apresura a enmendar su torpeza con disculpas..., a no ser que el mismo marido las imponga.

VALERIA. — ¡Luis..., Luis! ¿Será posible que toda nuestra vida—¡la nuestra!—no me valga contra la palabra imprudente de otra mujer? ¿Será posible que en el primer disgusto que tenemos—¿en el primero?, que jamás hubo una discusión ni un altercado entre nosotros. ¡Dilo tú, dilo!

LUIS.—Jamás.

VALERIA.—Y en el primero, todo mi amor—y todo el tuyo—no vale para sincerarme a tus ojos,

y ya no es nada tu propia mujer porque una extraña te indujo a sospechar que no lo era?

LUIS.—Estaba ciego, y su palabra fué el ver.

VALERIA.—*(Cariñosa.)*—¡No digas eso, Luis! Si no tienes una queja de mí—¡ni una!—, si estuve a tu lado siempre con el afán de serte grata—¡siempre!—, ¿cómo puedes ahora admitir con esa facilidad que a la par fuera contigo yo de los dos modos: tan leal, que me consagraba a ti..., y tan perversa, que te vendía?

LUIS.—Para engañar mejor.

VALERIA.—No, tú no piensas eso.

LUIS.—Sí.

VALERIA.—¡Dime que no, Luis! ¡Dímelo por caridad! Viendo con qué firmeza acoges cuanto me perjudica... y con qué prisa, con qué desdén rechazas cuanto me favorece, vas a hacerme creer que te has encariñado con tu sospecha y que sólo te asusta ya el no verla confirmada.

LUIS.—Cree lo que gustes.

VALERIA.—Pero no puede ser que me condenes así no teniendo una certidumbre ni una prueba evidente.

LUIS.—¿Y quién te lo ha dicho? La certidumbre moral, absoluta. ¡Hasta el instinto me lo advierte, hasta el instinto! Y la prueba material ya la tendré, ya la tendré.

VALERIA.—¿Que la tendrás? ¿Cómo?

LUIS.—Persiguiéndola, que algún rastro habrá quedado.

VALERIA.—¿Vas a investigar? ¿Vas a espiarme? *(Con espanto.)* ¿Vas a espiarme, Luis?

LUIS.—¡Ya tiemblas!...

VALERIA. — Sí; pero no de miedo; de asco. *(Yendo a él en un arranque.)* ¿Tú en acecho contra mí? ¿Tú? ¡No hagas tal cosa, por Dios! ¿Te imaginas lo que será desde hoy nuestra vida sabiendo que se hacen averiguaciones por gentes con oficio de alimañas, que por dinero revolverán el fango y por más dinero te lo traerán a casa sin importarles lo que manchen ni lo que deshonren? ¿Y a eso quieres llevarme tú? ¿A que mi nombre ruede por el arroyo quieres llevarme tú? ¿Tú, Luis?

LUIS.—Es vil, pero es más vil todavía el tolerar.

VALERIA.—¿Y el final? ¿Ves ya desde ahora cómo será el final? Si averiguas, afrentada por mi culpa; si no averiguas, afrentada por lo que tú has hecho para descubrirla...., y de todos modos, no escapamos de la vergüenza y de la murmuración. ¿Y a eso quieres llevarme tú? ¿A eso? ¡Imposible! ¡Piénsalo, piénsalo!

LUIS.—Aparta, que ya la ira anda en mi cuerpo y no la puedo sujetar!

VALERIA. — Figúrate que soy la mujer más honrada que ha nacido, ¡la más! Entre las que aún caminan por la tierra y las que dicen que subieron a los cielos, yo ¡la más! Y ahora, pon a la más honrada con humillaciones todos los días,

con el insulto de saberse vigilada por la calle, con la pena y el sonrojo de que la desprecien en su propia casa..., ¿y cómo acaba? ¿Cómo acaba?

LUIS.—Como empezó.

VALERIA.—Luis, te quiero... Te adoro..., pero te voy a odiar, Luis; ¡te voy a odiar!

LUIS.—Así justificarías el engaño.

VALERIA.—Que no lo hay... ¡Te lo juro!

LUIS.—¡Mientes!

VALERIA.—¡Por mi vida!

LUIS.—¡Mientes!

VALERIA.—¡Por mi salvación!

LUIS.—¡Mientes! ¡Mientes! Ya sé que por fuerza no me libro de ir envuelto para siempre en tu pecado, pero no quiero ir envuelto en tus mentiras!

VALERIA.—*(Echándose a su cuello.)*—¡Luis! ¡Luis!

LUIS.—*(Apartándola, brusco.)*—¡No quiero!

VALERIA.—*(Soberbia ya y digna.)*—Bien está, y desde ahora emprenderé el camino que tú marcas. No es el de mi agrado, pero no me dejas otro y por él iremos.

LUIS.—Harás bien.

VALERIA.—Te suplicaba porque era mi deber, y más aún porque me salían del corazón todas las protestas de cariño para ti; pero tú no las quieres... y se acabaron. Al corazón las vuelvo y ellas verán si retoñan o se pudren.

LUIS.—Para mí no han de ser jamás.

VALERIA.—Pero como no puedo sentir la inquietud de que descubras nada mío, porque no falté nunca a las obligaciones que contraje al casarme, a ninguna, absolutamente a ninguna, no tengo tampoco por qué avenirme a una situación de humillada.

LUIS.—Ya lo iremos viendo.

VALERIA.—Tú sabras cómo. De mis labios no volverá a salir una palabra de justificación.

LUIS—Cuando llegue el momento ¡a borbotones saldrán!, pero entonces como ahora han de ser inútiles.

VALERIA.—Eso en cuanto a mí; en cuanto a ti, eres muy dueño de proceder a tu capricho. Indaga, carciórate, válete de quien se preste para tus fines, que nunca falta un ruin para explotar a un obcecado... ¡Lo que te parezca! Y cuando encuentres lo que buscas..., matas... o desprecias. ¡Lo que te parezca también!

LUIS.—Ya lo haré sin tu venia.

VALERIA.—Pero cuando lo encuentres. Hasta entonces exijo que me guardes todas las consideraciones que me son debidas.

LUIS.—No podré.

VALERIA.—Aunque no puedas, porque no se trata de tu amabilidad, sino de mi razón, y cuando el marido tiene derecho para matar por una prueba de la culpa, no es mucho pretender, mientras la prueba no viene, que la mujer tenga derecho a que la respeten.

LUIS. — ¡Qué falsa eres, qué falsa! Como el otro. Iguales.

VALERIA.—¡Luis!

LUIS.—Y en tu soberbia no quieres ni reconocer que entre nosotros el amor ya se ha concluído.

VALERIA.—Reconozco más: que el odio ha empezado.

LUIS.—Pues si lo sabes, y eso es ya lo único que podemos tener los dos, vamos siquiera a tenerlo con gallardía y sin careta. ¡A odiarnos, Valeria!

VALERIA. — ¿Tú lo quieres? *(Con tristeza.)* Pues a odiarnos, Luis... Eso, al menos, no es mezquino... Pero no olvides ni un instante que odiándome, lo mismo que adorándome, mientras no tengas razón tú para matar, soy yo la que tengo razón para vivir. ¡No lo olvides! *(Mutis* VALERIA.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Es de noche y unas horas después del acto segundo. La misma decoración con la puerta lateral cerrada

ESCENA PRIMERA

Luis Antonio y el señor Sigüenza, luego María

LUIS.—*(Después de escribir un momento.)*—Nadie sabe lo que pueda suceder en estos lances, y conviene dejarlo todo prevenido. *(Toca un timbre de mesa.)* En realidad, no debiera importarme lo que suceda, una vez desaparecido yo. No tengo persona de especial obligación para mi..., y que se lo lleve cualquiera o se lo lleve la trampa, habría de serme igual.

SIGÜENZA.—Siempre es un rasgo que le enaltece a usted el no mezclar la dignidad con el dinero, ni llevar las justas venganzas por el camino de la tacañería.

LUIS.—Quizás sea una puerilidad en estas circunstancias, pero tengo un deseo loco, por lo mismo que me injurian tanto, de que no aparez-

ca en contra mía ni la más leve razón para haberme injuriado.

SIGÜENZA.—Y no la hay, señor Camponaraya. Tenga usted esa evidencia.

MARÍA.—¿Señorito?

LUIS.—¿No vinieron a buscarme?

MARÍA.—No.

LUIS.—¿Dos señores?

MARÍA.—Nadie.

LUIS.—En cuanto vengan, hágalos pasar.

MARÍA.—Bien. *(Mutis.)*

LUIS.—Firmemos, pues. *(Firma y cierra el sobre.)* Mil perdones otra vez, amigo Sigüenza, por que utilice su buena amistad para una misión tan enojosa.

SIGÜENZA.—Lo que siento es que sea preciso para usted.

LUIS.—Si ocurriera una desgracia — suponiendo que es desgracia lo que pienso—, usted abrirá ese sobre y le suplico que cumpla lo que va escrito. Si no, me lo devuelve.

SIGÜENZA.—Seguramente se lo devolveré.

LUIS.—Y ya estamos en franquía para dar el salto en las tinieblas, si el Destino quiere llevar su trágica burla hasta el final.

SIGÜENZA.—No hay que ser pesimista.

LUIS.—*(Toca el timbre.)*—Para esa Diosa que llamamos la Fatalidad debe ser un manjar delicioso el hacer pedazos a un hombre honrado. Un pillo, un granuja..., le ha de interesar poco,

pero cuando coja en su rueda a uno feliz, caballeroso, trabajador..., entonces debe gozar y reír a plena boca.

SIGÜENZA.—Calma, calma, que le conviene a usted la posesión completa de sus nervios.

LUIS.—No es fácil. Para todo se requiere práctica... y yo no la tengo de ser desdichado.

MARÍA.—¿Señorito?

LUIS.—¿Qué?

MARÍA.—¿No ha llamado el señor?

LUIS.—¡Ah! Sí. ¿Vinieron a buscarme?

MARÍA.—No.

LUIS.—¿Dos señores?

MARÍA.—Nadie.

LUIS.—Pues en cuanto vengan...

MARÍA.—Ya sé, ya sé... *(Y mirándole asombrada hace mutis.)*

LUIS.—No tengo práctica en esto... y sobre el dolor, sobre la ira, está el asombro, y todo se me vuelve preguntar: ¿cómo es posible que mi vida entera de caballero y mi pulcritud de hombre no me sirva de nada y me vea deshonrado, enfangado, empuercado..., porque una mujer lo quiera? ¿Cómo es posible?

SIGÜENZA.—Usted quedará siempre en lo que es...; pero le repito que no se exalte.

LUIS. — Perdóneme... Me hizo bien el desbarrar un poco.

SIGÜENZA.—Me alegro entonces. ¿Manda algo más, amigo Camponaraya?

LUIS.—Nada.

SIGÜENZA.—No será menester que yo realice su encargo..., pero si lo fuera, confíe usted en mí.

LUIS.—Gracias.

SIGÜENZA. — *(Abrazándole.)* — Hasta muy pronto.

LUIS.—Ojalá.

SIGÜENZA.—De fijo. *(Mutis.)*

ESCENA II

Luis Antonio: luego Aracil y Solís

LUIS.—*(Después de una breve pausa.)*—¿Por qué habré merecido esto, por qué? *(Pausa.)* Y si no lo he merecido ¿por qué viene esto, por qué?... Si yo lo supiera, habría ya descubierto los problemas todos del mundo, que se encierran en eso: en saber quién nos da lo que tenemos, empezando por la vida... y en saber quién nos quita después lo que nos dieron, empezando también por la vida otra vez. Más vale no pensarlo...

ARACIL.—¿Se puede, verdad?

LUIS.—¿Qué hay?

ARACIL.—Estuvimos a verle, pero sin encontrarle, y dejamos nuestras tarjetas, previniendo de que volveríamos dentro de una hora.

SOLÍS. — Hemos supuesto la precisión, quizás, de ir a bordo para buscar padrinos entre sus compañeros.

LUIS.—¿Entonces ustedes irán nuevamente a su casa?

SOLÍS.—No.

ARACIL.—A su casa ya no, porque ha ocurrido un incidente deplorable que nos lo impide en absoluto... La segunda vez que estuvimos nos hicieron pasar a la sala... Entramos de buena fe creyendo encontrar a ese caballero..., y nos recibe la señora, acosándonos a preguntas.

SOLÍS.—Quisimos retirarnos inmediatamente..., pero no hubo forma.

LUIS.—¿Sospecha?

SOLÍS.—Más que sospechar.

ARACIL.—Media hora de suplicio, de una violencia como no pueda usted imaginarse ante aquella buena señora, que se le saltaban las lágrimas, que rogaba, que exigía, pretendiendo de todas maneras arrancarnos la verdad.

LUIS.—¿Y ustedes?

ARACIL.—Nosotros, como hombres de honor, hemos mentido siempre.

SOLÍS.—¡Siempre!

LUIS.—No fué buena jornada para el honor...

ARACIL.—Estuve poco feliz en la expresión. Quisimos significar que hay ocasiones en que la mentira se impone, hasta por caridad.

LUIS.—Así lo he entendido yo también.

ARACIL.—De avistarnos con esos otros señores y no haber dificultades, señalaríamos la hora de la madrugada.

LUIS.—Perfectamente.

ARACIL.—¿Usted conocerá sus obligaciones en el terreno?

LUIS.—Colocarse frente a frente, disparar... y lo que Dios quiera.

ARACIL.—No. Lo que Dios quiera, no. Hay un reglamento, unas leyes... y sería enormemente sensible que por ignorarlas pudiera usted resultar descalificado.

LUIS.—¿Cómo, cómo? ¿Jugándome la vida por defender mi honra aún puedo resultar más deshonrado? ¡Pues en verdad que me lucía!

ARACIL.—Compréndalo. Una incorrección, aun por ignorancia, nos afectaría a todos.

SOLÍS.—A todos, señor Camponaraya.

LUIS.—Comprendo.

ARACIL.—Nosotros le colocaremos en el sitio que le corresponda..., ¡pero, por Dios, no se mueva usted ya! Ni un paso atrás, que parecerá cobardía; ni un paso adelante, que parecerá buscarse ventajas.

SOLÍS.—¡Ni uno!

ARACIL.—Y luego un cuidado exquisito a las voces de mando. Una..., dos... e instantáneamente gira usted y dispara. ¡Pero, por Dios, no dispare usted antes, que es villanía; ni después, porque será torpeza.

SOLÍS.—Instantáneamente. ¿Comprende?

LUIS.—Comprendo..., pero ustedes olvidan un poco que llevan un hombre, no un muñeco, y que

no va uno a matarse sin nervios, sin preocupaciones y sin lamentarlo profundamente.

SOLÍS.—Pues hay que dominarse.

LUIS.—Falta que se pueda. En el andar corriente de las horas tranquilas está muy en su punto que el concepto del honor, las visitas de cumplido, las solapas del frac... y otras bagatelas, se ajusten a reglas universales y que todos nos sometamos a ellas para ser correctos o para ser elegantes, pero en los momentos de tragedia hay que dispensarnos por que se descuide algo la conducta o la etiqueta.

ARACIL.—La conducta, jamás.

LUIS.—También, también. Yo no soy ahora un hombre equilibrado, que discurre en la calma del vulgarísimo vivir, no; soy un hombre en desesperación, que vive horas excepcionales y que incluso no le importa el vivir ya ninguna más. Y cuando se llega a esa indiferencia por lo más grande nos alejamos tanto de los convencionalismos usuales, que la opinión de los demás y la censura de los demás nos parece tan pequeño, tan deleznable y tan inútil, que el único asombro nuestro es el de que tales menudencias nos hayamos creído algún día que eran algo.

SOLÍS.—¡¡Oh!!

ARACIL.—¡¡Señor Camponaraya!!

LUIS.—No. Entonces es mentira todo lo ajeno, todo; únicamente es verdad lo de uno mismo, y no hay ya más honor que el nuestro y como nos-

otros lo entendamos, aunque se entienda distinto y al contrario de la humanidad entera.

ARACIL.—¡Pero eso es una herejía.!

LUIS.—Para ustedes, sí... ¿Qué consejo me da hoy mi desesperación? ¿Matar? Pues mi honor está en matar, sin importarme demasiado por un paso más en el terreno o por un segundo más que tarde en disparar.

ARACIL.—¡Es inadmisible esa teoría!

SOLÍS.—¡No la podemos aceptar!

LUIS.—Ni yo les pido que la acepten. Procuraré matarlo..., y ese es mi honor. Luego ustedes me descalifican... y ese es el suyo. Ya ven ustedes qué fórmula tan sencilla para quedar todos satisfechos.

ARACIL.—Reflexione usted...

LUIS.—Y aun en el caso de que también me mate a mí, ustedes me descalifican igual. Creo que no me importaría...

ARACIL.—Nos plantea usted un conflicto...

SOLÍS.—Muy grave, señor Camponaraya.

LUIS.—Lo sospechaba... y ya me lo dije alguna vez...; en esta vida mía que se hunde y se destroza..., ¡qué conflicto se les presenta a mis padrinos si no sé portarme conforme a los reglamentos! ¡Perdónenme! *(Dándoles las manos.)* Y hasta luego, señores, hasta luego.

ARACIL.—Hasta luego, pero reflexione, reflexione...

(Mutis los dos.)

ESCENA III

Luis Antonio: luego María

LUIS.—*(Sonriendo.)*—Llegué a figurarme que en esta ocasión y para estos amigos, era mi vida lo más interesante... ¡y no lo es! La verdadera importancia viene a estar en su prestigio de padrinos y en lo que podrán atestiguar si el lance va a tragedia...

MARÍA.—*(Entregándole una tarjeta.)*—Señorito...

LUIS.—*(Después de mirar extrañado la tarjeta la vuelve a mirar como para cerciorarse de que no hay error. Muy suave y sonriente.)*—Que pase, sí, que pase... *(Una pausa breve.)*

ESCENA IV

Luis Antonio: Dominica y María

MARÍA.—Aquí está. *(Mutis.)*

DOMINICA.—Yo he preguntado por su señora.

LUIS. — *(Llamando.)* — ¡María! *(Cuando ésta viene.)* A la señorita, que tenga la bondad de venir. *(Mutis* MARÍA. — LUIS *indica a* DOMINICA *que se siente, permaneciendo él de pie.—Una pausa.)*

ESCENA V

Luis Antonio: Dominica, Valería

LUIS.—Esta señora—que es la señora de Roblar...—, ¿recuerdas?

VALERIA.—Sí.

LUIS.—Desea hablar contigo. Si usted me permite... *(Mutis.)*

ESCENA VI

Valeria y Dominica

DOMINICA.—*(Que se levantó.)*—Usted dispensará que me presente sin conocernos... o sin tratarnos; pero las circunstancias obligan a no detenerse en miramientos secundarios de cortesía. ¿Supongo que usted pensará lo mismo?

VALERIA.—Yo no pienso nada.

DOMINICA.—Lo dudo... No vengo en amiga, porque eso no es posible; pero tampoco vengo en enemiga.

VALERIA.—Usted sabrá...

DOMINICA. — Aun no. Después de que hablemos.

VALERIA. — *(Ofreciéndole asiento.)*. — Pues hable.

DOMINICA.—*(Se sienta y vuelve rápida a levantarse.)*.—¿Y usted?

VALERIA.—Yo, también.

DOMINICA. — *(Sentándose.)*. — Perfectamente. Su marido de usted ha desafiado al mío.

VALERIA.—Lo ignoraba..., pero lo aguardaba.

DOMINICA.—Y vengo a suplicarle a usted que impida el que se lleve a cabo ese absurdo desafío.

VALERIA.—Me interesa igual que a usted el evitarlo, y le prometo..., ¡le juro!, que pondré lo posible—y lo imposible también—para que no se efectúe.

DOMINICA.—Confío en ello.

VALERIA.—Pero aunque a mí misma me horrorice..., ¡temo que mis súplicas no sean escuchadas!

DOMINICA.—Entonces es muy poco lo que ofrece.

VALERIA.—¿Poco?

DOMINICA.—Y hace falta más.

VALERIA.—¿Más?

DOMINICA.—Es preciso, ¿comprende usted? *Es preciso* que, como sea, ¿comprende usted?, *como sea,* evite usted ese lance.

VALERIA.—Pero eso no está en mi mano.

DOMINICA.—En su mano..., no; en su boca, sí: hablando.

VALERIA.—*(Altiva.)*.—Hablando ¿qué?

DOMINICA.—Lo preciso. A usted le dejo el apreciar hasta dónde debe ir y las palabras in-

dispensables para conseguirlo. Lo único que no le dejo a usted es que no lo consiga.

VALERIA.—¿Y si, a pesar de todo, no se lograra?

DOMINICA.—Entonces vería de lograrlo yo. Siento mucho causarle a usted una perturbación tan honda... ¡Lo siento mucho! Pero la vida de mi marido es primero, el quedarme yo sin marido es primero; y el caso de usted, por muy interesante que sea, es lo último que en este caso interesa.

VALERIA.—¡También yo puedo quedarme sin marido!

DOMINICA.—También... Pero usted sabrá por qué razones, entre morir él o hablar usted, prefiere usted lo de morir él.

VALERIA. — *(Levantándose.)*. — ¡¡Dominica!!

DOMINICA.—*(Sin moverse.)*.—¿No es así?

VALERIA.—No.

DOMINICA.—¿Eso quiere decir que elige usted resueltamente el otro camino?

VALERIA.—¿Cuál?

DOMINICA.—El de la verdad.

VALERIA.—¿Pero qué verdad?

DOMINICA.—¿Quiere usted oírla?—*(Levantándose lentamente.)*.—Usted no me reprochará el que haya intentado nunca mortificarla de ningún modo. Ni una alusión, ni una indirecta, ni un gesto... Nada, en las infinitas veces que nos hemos encontrado en sociedad. Pudo usted acha-

carlo a ignorancia... o a excesiva mansedumbre; pero el hecho es que por mí no tuvo usted jamás ni la zozobra de una contrariedad.

VALERIA.—¿Hoy tampoco?

DOMINICA.—Hasta hoy.

VALERIA.—Que toda esta situación la creó usted con su arranque de anoche. ¡En mala hora la encontré!

DOMINICA.—No. En mala hora encontró usted a Pedro; que sabiendo yo que no la olvidó nunca—¡porque los ojos le venden cuando se figura que la puede mirar impunemente!—, y estando convencida de que la paz de mi casa depende nada más de que usted vuelva o no vuelva a corresponderle, que él no vacilaría para reanudar la aventura..., ¡era demasido cándido el suponer que yo me conformara y que no habría de arrancarme a deshacerlo desde el principio!

VALERIA.—Si usted supiera qué lejos estábamos de ofenderla...

DOMINICA.—Es posible que usted se lo crea; pero tiene que ser por no darse cuenta de las cosas. ¡Sólo así! ¿Usted no ofenderme, no herirme, no revolverme las entrañas? ¡Siempre! El verla, el oír nombrarla..., y ya sobra para despertar mi odio.

VALERIA.—*(Con pena.)*.—Dominica...

DOMINICA.—¡Ya sobra! Entre Pedro y yo no aludimos a usted jamás: él, por miedo a que yo salte indignada, y yo, por no cometer la torpeza

de evocar el recuerdo... ¿Pero aborrecerla? ¡Siempre, Valeria, siempre! ¡Cómo no la he de aborrecer, si usted es para mí el peligro constante y la amenaza de todos los días!

VALERIA.—¡No lo soy, Dominica, no lo soy! ¡Ese hombre no existe para mí!

DOMINICA.—Pero existe usted para él..., y ésa es mi intranquilidad. Cuando me lo quitó, siendo novios, no hubo más que resignarse. Una novia no es nada contra una amante.

VALERIA.—Le juro que no supe ni que tuviera tales relaciones.

DOMINICA.—Al volver a mí, después de que usted le desdeñó...—y eso, el verse desdeñado después de haberse visto preferido, es seguramente lo que aviva sus deseos—; al volver a mí, porque le quería, le perdoné, haciéndome la ilusión de que todo lo pasado terminara. Pero ahora se interpone usted otra vez...

VALERIA.—¡No!

DOMINICA.—¿No?

VALERIA.—Ahora me veo envuelta, contra mi voluntad.

DOMINICA.—Puede ser.

VALERIA.—¡Y contra mi propia conveniencia!

DOMINICA.—Sin duda ninguna.

VALERIA.—Y no quiero ya más de esta maldita cuestión, no quiero, ¡no quiero!

DOMINICA.—Conformes... Pero querer o no querer las cosas es perfectamente inútil cuando

las cosas ya son. Y hay que ir a resolverlas. Con gusto o sin él, pero a resolverlas.

VALERIA.—¡Imposible!

DOMINICA.—Le suplico a usted...—fíjese, Valeria—, le suplico que hable.

VALERIA.—¡Eso es matarme yo!

DOMINICA.—Quizás...

VALERIA.—¿Usted no comprende que después no hay vida posible para mí?

DOMINICA.—Quizás...

VALERIA.—¿Y que es sobrehumano el sacrificio que me piden?

DOMINICA.—Quizás... Y si usted sabe otra solución, también la acepto. Pero si no, por ésa iremos, que yo estoy resuelta a todo para defender a mi marido. Una vez me dejé arrebatar el amor porque no supe retenerlo... ¡La segunda vez, no!

VALERIA.—¡Quién trata ahora de amor!

DOMINICA.—Bien. Del hombre. Una vez me dejé llevar al hombre... ¡Dos, no! Y siendo ya el marido, no. Y para que lo maten, no. Y por causa de usted, no. ¡No, no y no!

VALERIA.—¡Dominica!...

DOMINICA.—A defenderle vengo, y sin que esté defendido no me marcho. ¿Habla usted ahora mismo con Luis Antonio?

VALERIA.—¡No! ¡No puedo!

DOMINICA.—Pues ahora mismo le hablo yo. Avísele.

VALERIA.—*(Suplicando.)*.—¡¡Dominica!!

DOMINICA.—Le llamaré a voces...

VALERIA.—¡Por caridad!

DOMINICA.—Aun creo tenerla permitiéndole a usted el modo de referirlo y evitándole a él que lo sepa de labios extraños. Y además, no se engañe usted, Valeria... Ahora o más tarde, no descarta usted la explicación con Luis Antonio.

VALERIA.—*(Irguiéndose.)*—Bien está. Le hablaré.

DOMINICA.—¿Ahora mismo?

VALERIA.—Ahora mismo.

DOMINICA.—Abajo aguardaré en el *auto* lo que resuelvan.

VALERIA.—Si vivo, se lo mandaré a decir. Si mata..., con eso ya le habré dicho bastante.

DOMINICA. — *(Compasiva.)*. — ¿Quiere usted que me quede?...

VALERIA.—*(Despreciativa.)*.—¿Para intervenir y socorrerme? No. Le debo a usted demasiados favores, y no quiero deberle ya ninguno más.

DOMINICA.—Lo dije con un buen deseo.

VALERIA.—Indudablemente... Pero como usted me colmó de mortificaciones, de amenazas y de espantos, al ofrecerme ahora ese buen deseo, ya no tuve ni sitio para él.

DOMINICA.—Créame que deploro sinceramente que hayamos llegado a tal extremo.

VALERIA.—No. Así no la comprendo a usted. Después de haber sido la causa de todo; que sin

la malhadada intemperancia de usted no habría pasado nada. Después de que destruye mi hogar —y el suyo, que ya veremos lo que su marido le agradece estas inquietudes y estos escándalos—, usted no es usted más que destrozando, ni me la explico más que aborreciendo.

DOMINICA.—¡Pues la aborrezco!

VALERIA.—Así.

DOMINICA.—¡Reniego del día en que se atravesó usted por mi camino!

VALERIA.—Así.

DOMINICA.—¡Y ojalá que se vea destrozada para que nunca más vuelva a ser mi pesadilla!

VALERIA.—¡Ahora es usted sincera, ahora!

DOMINICA.—¿Usted lo cree?

VALERIA.—¡Con toda mi alma!

DOMINICA.—Entonces no necesito que me crea nada más, y ésta fué mi última palabra. Para siempre, Valeria. *(Mutis.)*

VALERIA.—Para siempre, Dominica.

ESCENA VII

Valeria, *un momento absorta, se decide con un movimiento brusco y toca el timbre. (Una pausa, inmóvil.) Cuando entra* María

VALERIA.—El señorito Luis...

(Mutis MARÍA. *Una pausa.)*

ESCENA VIII

Veria y Luis Antonio

LUIS.—¿Llamas?

VALERIA.—Llamo. Cierra.

LUIS.—¿Para qué?

VALERIA.—¡Cierra! No quiero que nadie interrumpa lo que vas a oír..., ni que nadie intervenga en lo que va a pasar.

LUIS.—¿Es tu voluntad?

VALERIA.—Es. ¡Cierra!

LUIS.—*(Cierra y tira la llave sobre una butaca.)*. — Cerrado. Ahora..., tú y yo. Habla... ¡Habla!

VALERIA.—¿Quieres saber la verdad?

LUIS.—¡Bien la he buscado!

VALERIA.—Y yo la quiero confesar.

LUIS.—¡Bien tardaste! ¿Y por qué te decides ahora ¿Por qué?

VALERIA.—Te juegas la vida...

LUIS.—También me la jugaba antes.

VALERIA.—Pero cada minuto apremia más...

LUIS.—*(Sonriendo.)*.—Puede que sea por eso, sí... Lo único que te encarezco rendidamente es que abrevies cuanto puedas el amaño de tu historia.

VALERIA.—*(Con tristeza.)*.—Bien... Tú juzga-

rás si te parece breve... y si te parece amaño. Lo que sospechas de Pedro y de mí fué verdad.

LUIS.—*(Echándole las manos al cuello.)*.—¡¡Es verdad!!

VALERIA.—*(Sin defenderse.)*.—Si me maltratas es que no has entendido...

LUIS.—¡Ojalá!

VALERIA.—¡Que no has entendido, Luis!

LUIS.—*(Soltándola, asombrado.)*.—¿Que no entendí?

VALERIA.—No dije que sea; dije que fué, que fué..., ¡que fué!

LUIS.—¿Y en qué varían las cosas para mí con que esa infamia haya sido ayer, o anteayer, o hace un año?

VALERIA.—Más.

LUIS.—Dos años.

VALERIA.—Más.

LUIS.—¿Tres? ¿Cuatro?

VALERIA.—¡Más, más!

LUIS.—¿Cinco?

VALERIA.—¡¡Más, más aún, más!!

LUIS.—¿Seis? ¿Siete?

VALERIA.—¡Eso, eso!

LUIS.—*(Desconcertado.)*.—Hace siete años no estábamos casados...

VALERIA.—¡No!

LUIS.—Ni te conocía siquiera...

VALERIA.—¡No!

LUIS.—Pero entonces...

VALERIA.—¿Ves como varían las cosas nada más que con alejar las fechas? ¿Lo ves?

LUIS.—Es decir... ¿Eso empezó?...

VALERIA.—Y acabó. Haz entrar bien esta idea en tu imaginación. ¡A puñados, a martillazos, como puedas; pero clava bien esta idea en ti; clávala! Hace siete años que eso acabó. Definitivamente, irrevocablemente, sin que hubiera después ni una entrevista, ni una carta, ni nada ya... ¿Comprendes? ¡Dime que comprendes!

LUIS.—Sí.

VALERIA.—Pero diciéndolo tú.

LUIS.—Que eso acabó.

VALERIA.—Dos años antes de conocerte a ti. ¡Dilo tú, dilo!

LUIS.—Dos años antes... Por eso el muy villano juraba y perjuraba: ¡con su mujer de usted, nunca, nunca! Pero ni una vez dijo ¡con Valeria, nunca! Era verdad... Y con la verdad mentía...

VALERIA.—Podrá ser un dolor y una desilusión... Pero una afrenta, un agravio para ti, ¡no lo es! ¡No lo es!

LUIS.—¡¡Qué crueldades tan ciegas, tan mezquinas y tan estúpidas tiene el Destino con los hombres!!... *(Se sienta alejado y de espaldas.)*

VALERIA.—Bien sabes la desventura de aquel matrimonio con quien se casó únicamente por robarme cuanto pudo. Yo era una chiquilla..., y al verme sola, creí que el mundo se me caía encima.

No busco una disculpa... ¡Pero es disculpa, Luis, es disculpa!

LUIS.—Será.

VALERIA.—En esas circunstancias le encontré... Luego quedé viuda y decidimos casarnos. Pero entonces pasó por mí algo extraño, de sugestión, de conciencia, de no sé qué... Aquel hombre, que de casada era el amparo y la esperanza de mi vida, en cambio, de viuda, ya no era sino mi falta, y no me recordaba más que mi delito. En vano fué que intentara sobreponerme, reconociendo sus grandes cualidades. ¡En vano! Siempre había algo superior a mi voluntad, que terminaba diciéndome: "No te esfuerces en engañarte a ti misma; ese hombre no es tu amor, es tu falta y tu remordimiento.

LUIS.—O tu cansancio.

VALERIA.—¿Quieres que sea eso? Pues eso. No vale la pena de discutirlo; que ahora la razón grande no está en el por qué lo he dejado, sino en la gran verdad de que lo dejé y no ha vuelto más.

LUIS.—En eso...

VALERIA.—Pasaron dos años, nos conocimos, y por lo que veía en ti, por lo que otros decían de ti, me pareció que eras la felicidad...

LUIS—¡Basta! ¡Basta! Reconozco que voluntariamente no quiso llegar nadie a este momento. ¡La Fatalidad nos trae a todos! Ya sé que no tengo derecho ni lógica ninguna para revol-

verme contra ese hombre. No tengo lógica, pero tengo odio... ¡Que la idea de encontrarle, de que nos mire, de saber quién fué para ti, me vuelve loco! Y es preciso que intente matarle.

VALERIA.—¡¡Luis!!

LUIS.—Y él comprenderá que no soy yo quien le mata; es la Fatalidad. Tampoco hay lógica para destrozarte a ti; pero hay ese recuerdo infernal entre nosotros, y yo no puedo vivir contigo, Valeria, ¡no puedo!

VALERIA.—¡¡Luis!!

LUIS.—Sin disgusto aparente y sin precipitación de horas, recoge cuanto te plazca de la casa y vete a vivir donde te parezca...

VALERIA.—¡Echarme de casa!

LUIS.—Por muchas atenuantes que pretenda buscar, siempre quedará en pie la ocasión abominable de tu engaño. Y tu conciencia—si la tienes—debió marcarte lo único leal: decírmelo.

VALERIA.—Debí decirlo, es verdad. ¡Pero cómo se dicen espontáneamente esas cosas! ¿Cómo? Cuando nos obligan, cuando nos estrujan, cuando no hay más remedio, como ahora, entonces se dicen... ¡Y aun entonces no se dicen tampoco; se escupen!

LUIS.—Puede ser.

VALERIA.—Y decidida a confesarlo, ¿en qué momento lo revelaba? ¿Al mirarme tú? Era demasiado pronto, ¿verdad? ¿Al insinuarte? Entonces lo debí pregonar, porque a centenares son

los que se insinúan con una mujer que va sola por el mundo. ¿Al estar segura de ti?

LUIS.—¡Entonces, entonces!

VALERIA.—Pero estar segura de que un hombre realizará nuestra dicha es ya quererle. Y tú pretendes que cuando yo te quería era el momento de ir y decirte: "Tengo una falta que no la sabe nadie, que he procurado afanosamente que no la sepa nadie; pero tú la vas a saber porque te lo voy a contar yo para que me desprecies y me abandones?"

LUIS.—Era tu obligación.

VALERIA.—Te equivocas. Eso será en lo divino, pero en lo humano la primera obligación es defenderse..., ¡y una culpa, cien, mil, se mascan y se devoran antes que darle una misma al hombre amado la razón que a sus ojos nos humille! ¡No sé los ángeles, no sé; pero las mujeres no lo hacen! ¡¡No, no, no!!

LUIS.—Y no importaba lo que yo sufriría cuando lo averiguase...

VALERIA.—Mira si es natural el defenderse lo primero uno a sí mismo, que hablas de tu dolor, pero no del mío. ¿Lo que tú padecerías al saberlo? ¿Y lo que padecería yo al contarlo, lo que arriesgaba, lo que iba a perder no era nada, verdad, nada, nada?

LUIS.—Con esa conducta no hiciste más que poner de relieve el poco aprecio en que me tenías, que precisamente para esas horas difíciles y

para esas confesiones amargas está el confiarse a la rectitud y a la hidalguía del hombre.

VALERIA.—La rectitud y la hidalguía..., evidente..., es evidente que debemos fiarnos de ellas...; ¡¡pero ha de ser borrando de la memoria que después de tanto amor no encontraste más fórmula caballeresca para mí que la de echarme impávido a la calle!!

LUIS.—¡Valeria!

VALERIA.—Esto después de tanto amor; si es antes..., no sé lo que habrías hecho...; pero dudo de que pudieras hacer más aún. Y si hoy acudiese alguna pobre mujer pidiéndome consejo en una angustia parecida, por fuerza habría de contestarle: "¡¡No seas loca, no hables, no te vendas confesando, por si acaso quiere el demonio que también hayas encontrado tú algún caballero!!"

LUIS.—¡¡Valeria!!

VALERIA.—No más ya, no más. ¿Cuándo he de marchar?

LUIS.—Cuando quieras.

VALERIA.—¿Cómo debo explicarlo?

LUIS.—Como quieras..., y yo repetiré tu explicación. Pero no te llames a engaño por la calma exterior de mis palabras. Es que ya iba conformándome con la tragedia... y ahora veo que además he de conformarme con el ridículo.

VALERIA.—No tienes razón, Luis...

LUIS.—Lo sé; pero, afortunadamente, a mí hoy no me importa la razón; me importa la ira

nada más, y en los dos la he de cobrar. El de una manera, y tú de otra; pero los dos, los dos. Y el que tú sigas todavía sin una señal de mis manos no es misericordia, no...; es que tengo miedo a que la venganza contigo me dificulte o me retrase la venganza con el otro. *(Riendo.)* Y a fuerza de odio, te salvas. *(Explicando.)* Te salvas de morir, que en el resto bien condenada vas y para siempre, que ni de rodillas ni en cruz te perdonaré yo nunca—¿los oyes?—, nunca.

VALERIA.—*(Con firmeza, pero sin desplante.)* ¿Perdonar dices? ¿Y perdonar de qué? ¿Desde que soy tuya hasta hoy, hasta el minuto mismo de ahora mismo, te ofendí en algo? ¿No? Pues entonces no te ofendí jamás, que de lo anterior a ti no puedes en justicia pedirme cuenta alguna, y es humanamente imposible que yo te ofendiera sin conocerte, sin saber siquiera que existías. Y si no te agravié nunca, ¿de qué me perdonarás, de qué? ¿De haber sido desdichada? De eso no se perdona, se compadece.

LUIS.—Tú haces una división arbitraria de tiempos, y la mujer le debe toda la vida al marido.

VALERIA.—¿Toda la vida?

LUIS.—Toda.

VALERIA.—Pues eso te doy, y aun lo rechazas.

LUIS.—¿Que me la das toda?

VALERIA.—¡Toda! ¿Cuándo empieza la vida? Para el mundo nacemos en el instante material

de nacer; para el marido no nacemos sino en el instante en que nos conoce. Al mirarnos por primera vez, nacemos para él; al buscarnos, crecemos para él, y al querernos, ya existimos por completo para él. Y desde ese día hacia acá, todo es suyo y se lo debemos todo... ¡Y si desde que me conociste, desde que he nacido para ti, soy tuya, íntegramente tuya, de cuerpo y de alma..., ¿qué más pides ni qué más pudiera darte la mujer que amara más?

LUIS.—No lo sé, ni quiero saberlo.

VALERIA.—Una mala hora de lo pasado, que no era tuyo, ¿pesa más en tu balanza que la inmensidad de horas que eran tuyas, que te las ofrecían y las consagraban para ti solo? ¿Qué le voy a hacer yo?

LUIS.—Pero terminemos, Valeria, terminemos.

VALERIA.—¡Terminar!... ¡Y de esta manera! ¡Pobre de mí! Esperaba la puñalada, y no viene más que el bofetón... Bien, bien... Hace falta ser hombre, y hombre amado, para llevar hasta el final una injusticia. Pero ya que tanto miras al pasado, ¿por qué no miras también un poco al porvenir?

LUIS.—*(Espantado.)*—¿El porvenir?

VALERIA.—¿Y cuál será? El mío, desdichada, ya lo sé. ¿Y el tuyo? ¿Serás feliz tú cuando hayas destrozado tu casa y nuestra vida?

LUIS.—¡Valeria!

VALERIA.—¡Luis!

LUIS.—Si pudiera matarte, si pudiera...

VALERIA.—Prueba. Ha de ser más fácil que odiar.

LUIS.—Contigo, no sé.

VALERIA.—Entonces ¿por qué no aprendes a querer?

LUIS.—¿Y cuando no lo supe?

VALERIA.—No sabes, no, que si supieras te harías la única pregunta que en amor es verdadera y definitiva: "¿Quisieron ofenderme? ¿Sí? Pues fuera y lejos, y que el demonio se lleve para siempre a la traidora. Pero si no quisieron ofenderme, si no hay traición ni engaño, sino una inmensa desdicha nada más, entonces ven a mí, que para una desdicha muy grande tengo yo un corazón más grande todavía."

LUIS.—Calla, calla...

VALERIA.—Y convéncete para siempre. La vida no es ayer. ¡Es hoy, Luis, es hoy! Y si hoy es tuyo por completo, ya puedes decir también que toda la vida es tuya.

TELÓN

MANUEL LINARES RIVAS.

Paso de la Peregrina (Coruña), 17 de julio de 1924.

)BRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MÁS ACTOS

lire de fuera, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

Iaría Victoria, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

.a estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

.a divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)

lñoranzas, estrenada en el teatro Español.

:l caballero Lobo, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

.a fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

.a raza, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

.ady Godiva, estrenada en el teatro Español.

)oña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa (3.ª edición.)

:l Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

.a fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

.a espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

'oninadas, estrenada en el teatro Español.

.as zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

:l conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

La casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.) (Agotada.)

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional de la Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

Como Dios nos hizo..., estrenada en el teatro de Centro, de Madrid. (Agotada.)

La mala ley..., estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (6.ª edición.)

Currito de la Cruz (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro Lara de Madrid. (2.ª edición.)

La jaula de la leona, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara (3.ª edición.)

La cizaña, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición. (Agotada.)

El ídolo, en tres actos (refundida en dos), estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara (3.ª edición.)

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara. (Agotada.)

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Las buenas intenciones, estrenada en el Coliseo Imperial.

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara. (2.ª edición.)

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (10.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Lo pasado, o concluído o guardado, estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

Querer y no querer, estrenada en el teatro Lara de Madrid.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

OBRAS COMPLETAS

Publicadas por BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino.*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).

Tomo II.—*El abolengo* (dos actos).—*María Victoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).

Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos). *Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).

Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).

Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos).—*Clavito* (un acto).

Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).

Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).

Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos).—*El mismo amor* (dos actos).

Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).

Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).

Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos).—*La garra* (dos actos).

Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos). *Fantasmas* (dos actos).

Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos).—*Como hormigas* (dos actos).

Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).

Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos). *El milagro* (un acto).

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20, MADRID